

Apartado /separata

TRAYECTORIAS, ENCRUCIJADAS, CONFLICTOS: MÉXICO Y EEUU.¹

1.- México y Trump. Unidad Nacional: ¿para qué y entre quiénes?

El modelo neoliberal mexicano, vigente en el país desde 1982, ha provocado efectos desastrosos en el grueso de la población mexicana. Luego de tres décadas y media de vigencia, el producto por habitante está cuasi estancado, la distribución del ingreso se ha tornado brutalmente desigual y al finalizar el 2016, la población que opera en ocupaciones informales (la marginalidad) se acerca a un 60% del total. Y las perspectivas para los próximos dos años son aún peores. En el país, el modelo neoliberal ha perjudicado a la aplastante mayoría. Y de acuerdo a estudios muy serios, ha beneficiado a un delgado 3-5% de la población.

En este marco, el triunfo de Trump en EEUU, de acuerdo a sus declaraciones, podría provocar un serio quebranto en el funcionamiento del neoliberalismo mexicano. Esto, a partir de la política proteccionista y de reestructuración del TLC que impulsa Trump. Con ello, los que en México se han beneficiado del modelo, han entrado en estado de shock. El mundo se les viene encima y el terror los sobrecoge. También, entran en una especie de crisis de credibilidad: ¿cómo es posible que el gran patrón, el gran orientador y gurú, los empiece a traicionar? ¿Es decir, cómo es posible que les cambie las reglas del juego y que, como en tiempos de los reyes merovingios, empiece a adorar lo que había quemado y a quemar lo que había adorado, digamos el mal llamado “libre comercio” (que de libre nada tiene)?

La reacción de la cúpula neoliberal (banqueros, exportadores, políticos que les sirven) ha sido bastante patética: “Trump está loco” (antes sostuvieron que su triunfo era imposible), “Trump no sabe de teoría económica” (¿no estudió en el ITAM? ¿No es sabihondo como Videgaray?), “Trump se estrellará contra las duras realidades, al igual que todos los populistas”. Todas estas manifestaciones son simples expresiones de miedo, de quien ve que de súbito se le aparece la guadaña de la muerte. Y se puede constatar que no hay ningún afán por entender *racionalmente* el porqué del triunfo de Trump. Y no es necesario invocar al Dr. Freud o a Carl G. Jung, para advertirlo: el triunfo de Trump es una muy clara expresión política del fracaso y *crisis estructural* del modelo neoliberal en los Estados Unidos.

¹ Este capítulo se terminó el 2/03/2017, para la 2° edición. Incorpora lo que viene sucediendo al llegar Donald Trump a la Presidencia, las reacciones en México y en otras regiones. Trata de discutir con sencillez y sin tecnicismos los complejos problemas que hoy conmueven a México, EEUU y otras regiones. De aquí la forma de breves notas que asume.

El bloque de poder o cúpula neoliberal mexicana tiene razón en algo no menor: las orientaciones de política económica que pudiera impulsar Trump deben atascar y dañar seriamente el funcionamiento del modelo económico que tanto los ha beneficiado. Y como es lo usual en todas las clases dominantes, piensan o proclaman que lo que es bueno sólo para ellos, es bueno para todo el país. Por lo mismo pasan a señalar lo que creen es una igualdad matemática: lo malo para el neoliberalismo mexicano es también muy malo para el pueblo mexicano.

En consecuencia, han pasado a propagandear la necesidad de una *unidad nacional*: “todos en defensa de la patria amenazada”. En lo cual, según señala la regla, por “patria amenazada” se entiende “el modelo neoliberal mexicano amenazado”. Como tal vez diría Salinas, emulando a Thiers, “la patria soy yo, queridos compatriotas”. En resumen, lo que es el *interés particular* de la clase o fracción dominante, se presenta como el *interés general* de la nación, de todas las clases, incluyendo a las más perjudicadas. Esta transfiguración, es lo propio de toda ideología dominante, la que no es sino la ideología particular y propia de la clase dominante. La contraparte de ese dominio ideológico de los de arriba, valga el recuerdo, es la vigencia de un pueblo “masoquista”. Y un pueblo es masoquista cuando apoya a la clase que lo explota. Es decir, cuando no tiene conciencia de cuáles son sus reales intereses. Los cuales, en el caso que nos interesa son absolutamente opuestos al esquema neoliberal.

El presidente Peña Nieto y su grupo, obviamente no quiere recitar los versos de Neruda: “es la hora de partir, oh abandonado”. Junto con llamar a la “unidad nacional”, ha sido muy claro en la defensa del neoliberalismo: “hoy cuando el mundo en distintas partes se cuestiona los beneficios de la apertura comercial, los beneficios del libre comercio en México están claramente acreditados. Por eso, hoy México dobla su apuesta. México seguirá creyendo en la apertura, en el libre comercio, como un pilar que depara desarrollo y prosperidad para los mexicanos”. (Discurso de EPN, ante la 33 Asamblea General Ordinaria del Consejo Nacional Agropecuario, 2/02/2017. Citamos según Presidencia de la República, página electrónica).

En este llamado a la unidad nacional para defender al neoliberalismo mexicano, resalta también el papel de los politicastros (¿o sirvientes?) de siempre. Es el mismo Presidente del Senado (militante del PRD) el que solícito ha llamado a “la unidad nacional para defender a la patria amenazada.” En verdad uno no debería sorprenderse ante estas actitudes. Son lo propio de los políticos que algún tiempo atrás, con total justicia, se calificaban como “mädchen für alle”.

Para el pueblo, para la inmensa masa de los perjudicados por el modelo neoliberal, ¿cuál pudiera ser la alternativa? Obviamente, la única salida *racional y justa* es la *completa liquidación del modelo neoliberal*. Y es en torno a esta meta central que el pueblo debe llamar a la unidad nacional. Es decir, contraponer a la unidad neoliberal, la unidad del pueblo mexicano. Y no confundir lo que es el México neoliberal con el México que responde al pueblo mexicano. Entre uno y otro hay diferencias abismales y del todo

antagónicas: lo que es bueno para unos es muy malo para los otros. Esta es la *real disyuntiva* que deberá afrontar el país en los meses que vienen.

En todo caso, conviene advertir: una salida de corte popular no es la única opción ante la crisis neoliberal. Cuando las crisis son muy profundas, se suelen abrir no una sino varias opciones o rutas de salida. Tampoco son múltiples y mucho menos arbitrarias: en la historia, el “libre albedrío” no lo manejan ni los curas. Dejando los buenos deseos para las abuelitas (no las de Caperucita), se puede indagar en lo que el presente encierra como posibilidades históricas.

En corto, ¿qué alternativas se pueden perfilar en el país?

Una, puede ser la preservación del modelo neoliberal. Equivale a hundirse en un pantano pestilente que aniquila y descompone todo. En ausencia de fuerza política opositora puede ser la “alternativa”.

Dos, pudiera emerger una solución autoritaria de ultra-derecha, encabezada por militares y apoyada por el gobierno de EEUU. La penetración del narco, la descomposición económica, social y moral, pueden ser su justificación. Y siguiendo el ejemplo de Trump y de movimientos más o menos análogos en Europa y otras latitudes, esta ruta podría asumir algunos ingredientes populistas.

Tres, una alternativa de ruptura con orientación socialista. Por ahora, con fuerza escasa y muy poco probable. A la larga-larga, con un potencial muy elevado.

Cuatro: una alternativa demo-burguesa. Esta ruta enarbolaría un programa de industrialización que rescatara el mercado interno y que recibiera un fuerte apoyo o impulso del Estado. Asimismo, que mejorara la distribución del ingreso y el peso de las ocupaciones productivas.

En términos de su potencial político, es posible que las alternativas dos y cuatro sean las más probables en el plazo corto y medio. En términos de su contenido democrático, es claro que las alternativas tres y cuatro, son las únicas que pueden satisfacer esos principios. Con un agregado a subrayar: la alternativa demo-capitalista llega a ser satisfactoria y plena sólo en la medida que exista un fuerte movimiento socialista que la presione y empuje.

2.- Neoliberalismo y mercados internos. Dogmas y realidades.

En Estados Unidos, Trump está buscando romper con diversos dogmas del neoliberalismo. Por ejemplo, en su programa económico busca proteger e impulsar el desarrollo industrial interno, y para ello anuncia aranceles protectores y políticas de sustitución de importaciones. Con lo cual, dicho sea al pasar, también deja muy mal parados a los neoliberales mexicanos. Cualesquiera se podría preguntar: si una economía tan poderosa como la estadounidense aplica medidas proteccionistas, ¿por qué México, con una economía débil y dependiente, debería creerse Tarzán, rey de la selva?

Trump busca renegociar el TLC para subsanar el fuerte déficit comercial con México (que en todo caso es como la décima parte del que tiene con China). Lo cual le

generará fuertes problemas a la cúpula neoliberal mexicana. Hoy, México compensa su fuerte déficit con China, Japón, Europa, con su superávit respecto a EEUU. Pero si éste desaparece no podrá financiar su déficit con otras regiones. Y por las cadenas de valor y entrelazamientos existentes, al no poder comprar a otras regiones, no podrá exportar a EEUU. El problema es muy complicado y puede provocar el colapso del modelo mexicano. Por otro lado, si Trump logra cumplir su promesa de duplicar la tasa de crecimiento (pasar de un 1.9% a un 4.0%), podría tornar menos duros los problemas mexicanos.

Como sea, el modelo neoliberal exportador ya parece un enfermo terminal. Ante lo cual empresarios y políticos han empezado a hablar de la necesidad de recuperar al mercado interno. En términos gruesos, la idea sería: como vender afuera (básicamente en EEUU que hoy compra alrededor del 80% de las exportaciones del país) se tornará muy difícil, hay que empezar a vender adentro, en los llamados “mercados internos”. El afán pudiera parecer loable y hasta de sentido común, pero soslaya algunos problemas, nada menores, que conviene explicitar.

Un mercado es un lugar donde se realizan operaciones de compras y de ventas. Para nuestros propósitos, nos concentramos en el aspecto de las ventas. Luego, distinguimos *mercados externos* (las ventas se realizan fuera del país, a compradores foráneos) y *mercados internos* (las ventas se realizan en el país, a compradores que residen en el país).

Ya aquí surge una primera pregunta: ¿se pueden reemplazar los compradores externos por compradores internos? ¿Quiénes comprarían, en México, los autos o materias primas que ya no se venderían fuera del país (vg. en EEUU)? Fácilmente se comprende que la sustitución pudiera ser hasta imposible.

Veamos ahora el caso del mercado interno. En éste, conviene distinguir diferentes partes: a) el mercado interno de bienes de capital (máquinas, equipos, etc.) e intermedios; b) el mercado interno de bienes de consumo personal. En el cual, a su vez se puede diferenciar entre el mercado de bienes de consumo de alto ingreso, el de medianos y el de bajos ingresos.

La distinción, lo habrá notado el lector, se corresponde con la famosa distinción de Marx entre el Departamento I, productor de máquinas y equipos; y el Departamento II, productor de bienes de consumo.

Supongamos, como primer paso, que se buscará reemplazar a los mercados externos, por el mercado interno de bienes de capital. Surgen aquí por los menos dos problemas nada sencillos: i) lo que se exportaba no son máquinas y equipos. Por consiguiente, el problema no sólo reside en encontrar otros compradores sino que, también, en pasar a producir *otro tipo de bienes*. Pero, ¿el país tiene capacidad para producir ese tipo de bienes, habitualmente complejos y sofisticados? ¿Se pueden lograr las economías de escala que exige su producción óptima? Pero hay algo más: en este tipo de bienes, se sigue aplicando el muy viejo principio de la industria naciente: en sus primeros tiempos la producción es difícil y los costos unitarios no son los más bajos posibles. Luego, es necesario proyectar un período no corto en el que se deben aplicar

aranceles protectores. Lo cual, de nueva cuenta, obliga a romper con lo hasta ahora adorado (el credo neoliberal) y a adorar lo que hasta ahora era execrado.

Examinemos ahora un segundo caso. En este, se pasa a privilegiar la producción interna de bienes de consumo. En especial, la de bienes de consumo de mediano y bajo ingreso. Para lo cual, el tamaño del mercado interno se supone que es considerablemente más elevado. Y para mejor destacar el argumento que ahora nos interesa, suponemos que no hay problemas de conversión de la planta industrial. O sea, los bienes que antes se exportaban se seguirán produciendo pero ahora buscando compradores en el territorio nacional.

¿Existen esos compradores? Si consideramos la muy regresiva distribución del ingreso que tipifica al modelo neoliberal, es evidente que no hay posibilidades de crecimiento si esta pauta distributiva se preserva. Lo mismo se puede decir con otros términos: si se va a crecer en función de los mercados internos de bienes de consumo, se necesita alterar de cuajo la actual distribución del ingreso. Es decir, hacerla más equitativa y, por lo mismo y como factor causal determinante, reducir drásticamente el actual nivel de la tasa de plusvalía (llevarla desde el actual 6.0 a una tasa del orden del 2.5-3.0). Lo cual, obliga a romper con la esencia misma del estilo neoliberal. Como ya se señaló en el capítulo VIII, la composición del producto y de la oferta debe ser congruente con la composición de la demanda y, por consiguiente, con la distribución del ingreso.

La moraleja parece bastante clara: si se pretende pasar a crecer en función de los mercados internos, se debe empezar desahuciando a la dogmática neoliberal. Estudiar a Kalecki, Keynes, Marx, Ricardo y Sweezy. A Prebisch, Pinto y Furtado. Abandonar a los Friedman, Barro, Lucas et al. Cerrar el ITAM y volver a la UNAM.

3.- El capital financiero-especulativo como general en jefe.

En el México neoliberal, las fracciones de clase que se sitúan en el Bloque de Poder son básicamente: a) La gran burguesía financiero-especulativa; b) los grandes monopolios exportadores; c) los grandes capitales localizados en el sector de no transables. O sea, corporaciones que producen bienes (o servicios) que, por su naturaleza, no están sujetos a la competencia externa. En estos tres sectores, sobremanera en a) y b), el peso del capital extranjero es fuerte y creciente. En calidad de fracción dirigente, podemos suponer (suponer, pues también hay elementos en favor del gran capital exportador) que es la gran burguesía financiera la que ocupa tal posición en el seno del bloque de poder. Por lo tanto es la fracción clasista que, en última instancia, decide el modelo o estrategia de desarrollo, las bases de la política económica y las del relacionamiento externo. Como quien dice, es el "capitán del buque".

Por capital financiero, en esta nota, entendemos el que funciona como capital dinero de préstamo. O sea, el que opera en la banca y organizaciones bursátiles. Este tipo

de capital gana (i.e. se apropia de plusvalía) con cargo a: i) los intereses que cobra por los préstamos que realiza; ii) las ganancias de capital que puede lograr. Estas, son las ganancias que se logran ante cambios favorables en el valor de los activos financieros (acciones, papeles públicos, títulos de deuda, etc.) que se poseen. Estos activos, también son denominados “capital ficticio”. Pueden operar como contraparte del capital real (activos fijos, máquinas y equipos) pero también se pueden independizar de éste y desplegar una fuerte autonomía.

Este capital, por su localización en el espacio circulatorio, no se encarga de la producción de plusvalía pero si se la apropia. En este sentido, es improductivo y también se cataloga como “parasitario”: *vive a costa de lo que otros producen*. Ello, en tanto se apodera del valor generado, sin intervenir en su producción. Por lo mismo, por su localización y afanes, es un capital que se desliga de la ciencia y la tecnología que exigen los procesos industriales. En otras palabras, no necesita ni de la física, ni de la química ni de la biología. Ni de los procesos tecnológicos que se asocian a tales ciencias básicas. En este sentido, para nada es casualidad que sus ideólogos (o más bien “teólogos”) piensen que el desarrollo industrial no tiene mayor importancia en el desarrollo de un país.

El capital financiero opera con intereses que son contrapuestos al capital industrial. Este, junto con apoderarse de la plusvalía, se encarga también de su producción. Si aumenta el ingreso del capital financiero, a igualdad de otras circunstancias, cae la parte del excedente (o plusvalía) que es apropiado por el capital industrial. Y vice-versa.

La evidencia empírica también nos muestra que cuando el capital financiero ocupa posiciones dominantes, la economía: i) crece a bajos ritmos o se estanca; ii) se torna más inestable. Como estas consecuencias, sobretudo el estancamiento, se combinan con el consumismo más alienado y la idolatría enfermiza por el dinero, podemos ver que se cae en una trampa o conflicto mayor: se quiere gastar más produciendo menos.

Cuando el aspecto especulativo del capital dinero de préstamo es el que prevalece, se producen consecuencias de vasto alcance. Primero, se pasa a ganar más (bastante más) con la misma especulación que con el cobro de intereses. Segundo, el mismo capital industrial productivo se empieza a descomponer: aplica una parte creciente de sus ganancias a la inversión especulativa y descuida su inversión productiva. Tercero: emergen las denominadas “burbujas especulativas” que pasan a atraer a casi todos los inversores. Con lo cual, se retroalimentan y, a la vez, preparan las condiciones de un estallido financiero mayor. Marx, apreciando el fenómeno en un sentido general, indicaba que el sistema de crédito “aparece como la palanca principal de la superproducción y del exceso de especulación”. A la vez, apuntaba que el sistema de crédito termina por convertirse en “el más puro y gigantesco sistema de juego y especulación.” (cf. “El Capital”, Tomo III, pág. 419. FCE, México, 1974).

La especulación está basada en apreciaciones de orden subjetivo, en la capacidad para difundir rumores favorables al gran especulador, a las trampas y engaños. Para todo esto, la imbricación entre el gran capital especulativo, las altas esferas del Estado y los monopolios televisivos (de medios de comunicación en general) resultan claves para

alimentar las creencias falsas y el aprovechamiento de ellas por los grandes especuladores. En breve, se trata del engaño y las mentiras utilizadas como armas “productoras” de ganancias. Mackie el cuchillero y asaltante de medio pelo, el famoso personaje de Brecht, decía en célebre discurso: “Señoras y señores, ante ustedes se encuentra, en vísperas de desaparecer, el representante de una clase que también va desapareciendo. Nosotros, pequeños artesanos burgueses, nosotros que abrimos con nuestras honradas ganzúas las niqueladas cajas registradoras de los pequeños negocios, somos devorados por los grandes empresarios, detrás de los cuales están las grandes instituciones bancarias. ¿Qué es una ganzúa comparada con un título accionario? ¿Qué es el asalto a un banco comparado con la fundación de un banco?”²

Keynes, el gran ideólogo de la burguesía industrial, en texto célebre señalaba que “los especuladores pueden no hacer daño cuando sólo son burbujas en una corriente firme de espíritu de empresa; pero la situación es seria cuando la empresa se convierte en burbuja dentro de una vorágine de especulación. Cuando el desarrollo del capital en un país se convierte en subproducto de las actividades propias de un casino, es probable que aquel se realice mal.”³ Marx, que califica a los especuladores de verdaderos “bandidos”, se refería también al impacto de desintegración social y moral que provoca el capital especulativo. Por ejemplo, escribía que en la Francia de 1848-50, “mientras la aristocracia financiera hacía las leyes, regentaba la administración del Estado, disponía de todos los poderes públicos organizados y dominaba la opinión pública mediante la situación de hecho y mediante la prensa, se repetía en todas las esferas, desde la corte hasta el cafetín de mala muerte, la misma prostitución, el mismo fraude descarado, el mismo afán por enriquecerse, no mediante la producción, sino mediante el escamoteo de la riqueza ajena ya creada.” Y agregaba: “la aristocracia financiera, lo mismo en sus métodos de adquisición, que en sus placeres, no es más que el renacimiento del lumpen proletariado en las cumbres de la sociedad burguesa.”⁴

El elemento de descomposición moral inherente al capital financiero-especulativo, se tiende a desparramar por todo el edificio social. Se trata de ganar sin trabajar, de consumir sin producir. De vivir por medio de trampas. Es el lema de los parásitos. También de los sinvergüenzas. Pero hay algo más. Como la supremacía del capital financiero va asociada a un régimen económico que no crece ni crea ocupaciones productivas, empieza a crecer como espiral el desempleo, la marginalidad y la miseria. De hecho el país empieza a convertirse en una sociedad de pequeña burguesía lumpenizada y pauperizada. La cual, vive en condiciones infrahumanas y, como regla, al margen de la ley y de los códigos morales más elementales. En suma, los de abajo también entregan, forzosamente, su contribución a la debacle moral que azota al país. Estos segmentos son políticamente muy volátiles y suelen manejarse más con rabia que conciencia. Por ejemplo, en el reciente

² Bertold Brecht, “La ópera de dos centavos”, en Teatro Completo, vol. 3, pág. 89. Alianza, Madrid, 1989.

³ J. M. Keynes, “Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero”, pág. 145. FCE, México, 1974.

⁴ C. Marx, “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”; en M-E., OE, T.I, pág. 212. Edit. Progreso, Moscú, 1979.

gasolinazo de enero, se han movilizado con gran fuerza. Asaltan a gasolineras y super mercados. Pero pareciera que buscan más que el impacto político necesario, hacerse de televisoras, colchones, licuadoras, etc. Algunos personeros se asustan y reclaman por dicho “vandalismo”. Son los mismos que con cargo a un decreto equis se auto-autorizan bonos de gasolina, aguinaldos y prebendas gigantescas. Son los “vándalos de cuello y corbata”. En breve, el lumpen que camina por las alturas del poder. Pareciera un movimiento de pinzas que ahorca más y más a la nación mexicana.

Como para recordar el “lama, lama sabacthany” de Jesús en el Gólgota.

4.-Descomposición social.

¿Qué es una sociedad? En principio, es un proceso de interacción entre grupos e individuos. Con un agregado que es esencial: se trata de una interacción sujeta a determinadas normas o pautas. O sea, se trata de *nexos regulados*.

Las pautas o normas sociales, no se deben confundir con prescripciones de orden legal, con las leyes. Pueden coincidir y, no pocas veces, discrepar. Y no siempre son explícitas. Lo que importa es su rol como *reguladoras de la actividad social*. Son ellas, las que nos dicen: si usted se ubica en determinada posición social enfrentando a otra persona que está ocupando otra posición social, debe desplegar tal o cual conducta y, a la vez, esperar de la otra persona una muy determinada conducta.

En principio, podemos entonces sostener: las normas sociales: i) nos evitan vivir en la improvisación perpetua; ii) nos evitan sorpresas-que pueden hasta ser fatales- en la conducta del otro, del que conmigo se relaciona. En realidad, sin el artilugio de los sistemas sociales, el sistema nervioso del ser humano colapsaría en plazos muy cortos.

Pero hay algo más radical. ¿Cómo resuelven los seres vivos el problema de su continuidad (i.e. vida) individual y generacional? Lo hacen, desplegando cierto tipo de conductas que son adaptativas respecto al medio externo y que le permiten justamente vivir. Estas conductas, en los seres vivos más sencillos, vienen determinadas completamente por la herencia biológica. Luego, en los seres vivos más complejos, encontramos conductas adaptativas que implican cierto aprendizaje. Por imitación, vg. en los mamíferos. En los humanos, el dato biológico proporciona ciertas potencialidades, pero no alcanza a resolver, por sí solo, el problema de la vida. Lo que aquí pasa a jugar un rol básico es la herencia socio-histórica. O sea, se transmiten las conductas que se han acumulado a lo largo de la historia del homo sapiens y que, obviamente, han sido eficaces en el pasado. Como escribía Ralph Linton, “la herencia social de los seres humanos (...) ha adquirido una doble función: sirve para adaptar al individuo a su lugar en la sociedad, así como a su ambiente natural”. Si así son las cosas, el lenguaje abstracto (algo exclusivo del homo sapiens) pasa a jugar un papel clave. ¿Por qué? Porque permite hablar de tales o cuales sucesos en ausencia de esos sucesos y, por esta vía, educar a las nuevas generaciones respecto al qué hacer si tales circunstancias se vuelven a presentar. Con lo

cual, el repertorio de respuestas adaptativas (o funcionales) que adquiere el ser humano resulta muy elevado. Es de lejos, superior al de otras especies vivas.

Las posiciones (“status”) y roles son casi infinitas. Y se suelen agrupar en torno a la satisfacción de algunas funciones sociales básicas. Estas “agrupaciones” se denominan “*instituciones*” y se pueden identificar las económicas, las políticas y las ideológico-culturales. Las instituciones económicas regulan las actividades de producción, las políticas regulan las prácticas que buscan preservar o transformar al sistema social y las instituciones culturales regulan las actividades de orden cultural-ideológico. En su conjunto, estas instituciones básicas configuran el *sistema social*. Del sistema social (de sus normas sociales), se ha dicho que funciona como el *libreto* de una obra de teatro, en que los individuos y grupos que conforman la sociedad funcionan como actores de la obra.

¿Cómo se aprenden los roles, cómo opera el llamado “proceso de socialización”? Este, empieza desde el mismo nacimiento (vg. por el color de la ropa), transcurre en el seno de la familia (¿clase alta, clase baja?, ¿urbana, rural?), de la escuela (¿privada, estatal?), de los grupos de amistad, en el trabajo, etc. Al cabo, si el proceso ha funcionado bien, los individuos saben qué hacer en las circunstancias del caso. Es decir, como buenos actores, han aprendido el papel que les toca representar.

Para afianzar o “encementar” estas pautas de conducta, todas las sociedades manejan un determinado “*corpus*” moral. O sea, se premia a los que cumplen las prescripciones de la posición-rol del caso y se castiga a los que se desvían. Tal es la función de los valores y normas morales. Hay normas sociales que se consideran “sagradas” (los “*mores*”) y otras menos decisivas (los “*folkways*”). La infracción de éstas opera como una especie de pecado venial. No respetar a las primeras, ocasiona rechazo, ostracismo y hasta espanto moral. Hasta el mismo infractor pasa a sentir una culpa horrible y como el personaje de Dostoyevsky, termina por exigir el más duro castigo.

Los sistemas sociales nunca son perfectamente coherentes. Siempre operan con algún desajuste. O sea, hay conflicto de normas: lo que una exige, otra lo prohíbe. Si el conflicto se localiza en zonas no significativas, la sociedad marcha sin problemas. Pero si se localiza en áreas vitales (vg. a nivel de las relaciones de propiedad) la sociedad se cimbra muy fuertemente: se sitúa en el entorno de un cambio social mayor y se configuran bandos en lucha: unos por preservar y otros por transformar radicalmente el orden social.

Cuando un sistema social empieza a desfallecer, la moral que le es funcional también empieza a perder eficacia. En el orden feudal y tradicional, por ejemplo, la mujer debía permanecer en su casa dirigiendo y ejecutando las tareas domésticas. Es el mundo de lo que Fray Luis describiera como “La perfecta casada”. Hoy esas pautas y valores resultan despreciables. Por lo menos en los países más desarrollados, se premia a la mujer que tiene un trabajo formal y que es autónoma, dueña de sí misma. Digamos, que se sitúa en un plano similar al del varón. Para nuestros propósitos el punto a subrayar sería: cuando un sistema social y la moral que le acompaña empieza a desfallecer y desintegrarse, este movimiento de huida va acompañado por otro de llegada: empieza a

emerger un nuevo orden social y la correspondiente nueva moral. Con lo cual, se cumplen dos cosas: a) se despliega un *proceso histórico*: opera el movimiento, el *cambio*; b) a la vez, se preserva el sistema u orden social *genéricamente* considerado: “se han cambiado los alimentos de la dieta básica, pero no se ha suprimido la necesidad de los alimentos.”

En ocasiones, poco frecuentes, la descomposición de lo viejo no viene acompañada por el surgimiento de lo nuevo. Las normas sociales se resquebrajan y pierden su capacidad regulatoria. Los que las respetan, se van transformando en una minoría cada vez más pequeña. Los demás, que son la mayoría, pasan a conducirse como “inmorales”. ¿Por qué? Porque no surgen nuevas normas que reemplacen a las antiguas y periclitadas. Por lo mismo, tampoco hay moral de reemplazo. De hecho, emerge y crece una vida no regulada, ajena a normas pre-establecidas y conocidas. Una especie de anomia gigantesca. Por lo mismo, tenemos que surge un tipo de vida que es: i) *improvisada* por los ejecutantes; ii) *imprevista* por los recipientes o contrapartes. En este marco, desaparece lo que se puede entender como moral regulatoria y se avanza o cae en un mundo en que todo está permitido. Y se comprende que en un mundo de ese tipo, la ansiedad y la angustia vitales se expanden en extensión y profundidad.

Más grave aún, la reproducción de la misma sociedad y de sus integrantes, se ven seriamente afectados. Como cada cual se mueve a su antojo y el instinto más primitivo reemplaza a la razón, pareciera que se avanza a la nada (“*Todo caído para no nacer nunca*” escribía Neruda). Una especie de inconsciente suicidio colectivo.

Si tal sucede, podemos hablar de un *proceso de descomposición social*. Y por lo que se ve, con toda probabilidad México ha caído en ella.

5.- ¿Se puede salir del pozo? El problema ideológico.

México ha entrado en un proceso de descomposición social agudo. Esta es la hipótesis a manejar como punto de partido. ¿Hasta dónde puede llegar el proceso? Como ninguna sociedad opta por el suicidio colectivo (“el fuego no muere” decía Neruda), la pregunta es cuándo y cómo se detendrá este proceso.

En términos ultra-abstractos, se necesita la emergencia de un nuevo ordenamiento social y la correspondiente moral que lo sancione. Esto es lo obvio, pero la pregunta relevante es el cómo puede emerger lo nuevo. Buscando la respuesta podemos ensayar la ruta de preguntar por las *condiciones* que pueden precipitar el cambio. Sin olvidar que entre las condiciones y el *contenido sustantivo* del cambio hay una fuerte conexión interna.

A título previo, valga subrayar que el problema no se resuelve, ciertamente, con rezos ni con golpes de pecho. Tampoco con sahumeros o actos masoquistas que busquen la redención. No se debe olvidar que la causa básica es de *orden estructural*. Más concretamente, su origen radica en las estructuras y conductas que impone el modelo neoliberal. Éste, tiene la rara capacidad de impulsar la descomposición social, de romper

con las normas sociales más elementales. En algún sentido, bien se podría decir que el modelo económico neoliberal es inmoral.

Volvamos a las condiciones. Nos concentramos en: 1) las ideológicas; 2) las políticas. En esta nota, abordamos la primera dimensión.

Las ideológicas giran en torno a la conciencia social, en especial la que opera en la cabeza de los perjudicados por el modelo neoliberal. Para el caso, la situación resulta patética. En algunas encuestas el pueblo mexicano aparece como el más feliz del mundo. Un abono más a la cuenta del surrealismo. Pero las encuestas no son de fiar y podemos suponer que la gran mayoría no está contenta con su situación. En algunos hay hasta rabia. Pero junto a ello, el *desconocimiento de las reales causas* que provocan el malestar resulta pavorosamente elevado. En un estudio de Samuel Ortiz y J. Valenzuela, se indica que entre las dos tercios a tres cuartas partes de los perjudicados por el modelo neoliberal, en las elecciones presidenciales votan por candidatos neoliberales. O sea, nos encontramos con una *gigantesca falsa conciencia social*. O, para usar otras palabras, de una *alienación* generalizada. O sea, se configura una brutal disociación entre la realidad objetiva y la percepción que de ella tienen las grandes masas. ¿Por qué emerge tamaña disonancia? No se debe a alguna insuficiencia cerebral o a una epidemia de masoquismo. La clave está en el éxito de la ideología neoliberal dominante. Tal vez el único rubro en que el neoliberalismo mexicano ha sido eficiente es en el plano ideológico: ha sido capaz de inocular, con las adecuaciones del caso, su ideología en la cabeza de los condenados. ¿Cómo? En lo básico, con cargo a la dictadura mediática que impera en el país. Si bien se examina, la TV y la radio se han especializado, con rara diligencia, en sembrar falsas ideas y falsas representaciones del mundo en que vivimos. Con cargo a este bombardeo, las telenovelas y programas idiotas de televisa, han llegado a ser “casi-realistas”, una especie de “cuadros de costumbres.” Como alguien pudo decir, si se trata de implantar alguna reforma educativa lo primero sería incautar al monopolio televisivo en favor de contenidos decentes y menos idiotizantes.

La ideología neoliberal ha penetrado incluso a personeros del calibre de López Obrador. Por ejemplo, cuando habla de preservar la autonomía del Banco Central, de manejar finanzas públicas contablemente equilibradas, etc. O bien, en un plano más político, AMLO acaba de señalar que “vamos al cambio por la vía de la concordia, de la paz y de la fraternidad” (La Jornada, (6/01/17). Y uno se pregunta, ¿de “concordia y fraternidad” con los grandes banqueros, nacionales y extranjeros? ¿Con los grandes monopolios de la comunicación? En realidad, estos son mensajes propios de Santa Claus o de la abuelita de Caperucita. Suele suceder: los políticos convencionales siempre caen en la trampa de repetir los mitos de la clase dominante para no asustar a las furias del poder. Con lo cual, amén de no convencer a los de arriba, reproducen el engaño para los de abajo. Por ejemplo, ¿cómo romper con el neoliberalismo si no se nacionaliza a la banca? ¿Si no se rompe con el mal llamado “libre comercio”? ¿Está prohibido aplicar aranceles?

Hay también conductas políticas que influyen en la conciencia social. Por ejemplo, en las elecciones presidenciales del 2006, todo indica que en votos ganó AMLO pero fue,

elegido Calderón. Luego, a los pocos meses de la elección, la directiva del PRD empezó a negociar alianzas electorales con el PAN. ¿Qué puede aprender el pueblo de conductas tan barrocas? ¿Se le enseña a identificar a sus grandes enemigos? Probablemente, amén de más confusión, la lección que sacan las grandes mayorías es que los políticos no son más que una bola de oportunistas. Y que la política es pura suciedad. Y ciertamente, el apoliticismo de las grandes masas, para nada favorece la opción por un cambio social mayor. Por lo menos, no una conducta racionalmente orientada.

La falsa conciencia o alienación generalizada no es independiente del tremendo proceso de marginalización. El sector informal se acerca hoy a casi el 60% de la ocupación total. En su gran mayoría, tal segmento vive en condiciones de pobreza extrema y opera como una especie de lumpen pequeña burguesía. En estos grupos, el componente racional de la conducta es bastante bajo y, en consecuencia, son personas altamente emocionales y con una clara tendencia al resentimiento y a la rabia social. Asimismo, son muy reacios a conductas colectivas bien organizadas y con perspectivas de largo plazo. Por lo mismo, que tales sectores sean atraídos por partidos de izquierda sólidos en lo orgánico, ideológico y político, es muy difícil.

En no pocas ocasiones estos segmentos han funcionado como bases de apoyo de movimientos fascistas (vg. en la Alemania de Hitler). También, pueden girar al otro lado del espectro político. Pero no a partir de un convencimiento racional sólido, algo que es casi imposible en estos grupos. Si giran es a partir de consideraciones emocionales.

¿Cómo? A partir del surgimiento de líderes con un fuerte poder carismático. La experiencia latinoamericana de los últimos años tiende a confirmar esta hipótesis. Los gobiernos más radicales han surgido impulsados por personalidades muy carismáticas (Chávez en Venezuela, Correa en Ecuador, Evo Morales en Bolivia) Y en México, la única oposición relativamente seria es la encabezada por AMLO. Y esto, no a partir del PRD (antes) o de Morena (ahora) sino a partir de la persona del candidato. Morena, por ejemplo, en muy poco tiempo se ha transformado en la tercera fuerza político-electoral del país. Pero sin AMLO, pudiera incluso desaparecer.

El dilema que se perfila no es sencillo. Sin una personalidad fuertemente carismática, resulta muy difícil ganar elecciones y/o ganar el gobierno. Pero sin organización de base sólida, racional y disciplinada, nunca el pueblo trabajador podrá alcanzar una libertad sustantiva. A lo más, cambiará de “papá”: desde uno que lo maltrata a otro que lo “apapacha”. Es decir, seguirán como menores de edad.

En suma, romper con la alienación extendida y hacerlo con cargo al desarrollo de una organización sólida y racional, se torna complicado. Pero acudir a los personajes providenciales y carismáticos, pudiera no durar más que la vida útil del ser providencial. Tal vez por ello surge una tendencia muy fuerte a que éstos se deban reelegir una y otra vez, casi ad-infinitum. Una clara muestra de que todo depende de la personalidad milagrosa. Peor aún: la evidencia empírica parece comprobar la hipótesis: cuando desaparece el jefe milagroso, no hay quien lo reemplace. Y el que lo sucede es un bueno

para nada. Es un problema típico: los jefes milagrosos no preparan sucesores, eso les resulta absolutamente ajeno. Amén de que el carisma no se enseña.

Para la clase trabajadora y la izquierda el problema es ultra-complejo: se trata de aprovechar el carisma sin doblegarse a él. Y para lograrlo, no hay más camino que el desarrollar una organización política de la clase, que sea lúcida y que funcione, al decir de Gramsci, como un órgano e intelectual colectivo. Es decir, que en un grado que alcance cierto mínimo, llegue a reflejar los contornos –o embrión- de la sociedad futura por la cual se debe luchar.

6.- El problema político.

Para salir del pozo hay que resolver problemas ideológicos: desarrollar una mínima conciencia de clase en los sectores populares. Pero no basta. Lo clave, al final de cuentas, radica en el espacio de la política. O sea, el *espacio del poder*. Y si hablamos de poder, tenemos que hablar de la naturaleza del Estado, que es la institución central del poder.

El cambio debería permitir superar de raíz el modelo neoliberal. Y esto nos pone frente al primer conjunto de interrogantes: i) ¿qué tipo de instituciones se deben destruir, en lo económico, lo político y lo cultural? ¿Con qué se deben reemplazar? ii) en congruencia, ¿quiénes deben estar a favor del cambio e impulsarlo? O sea, ¿cuáles debieran ser las fuerzas impulsoras o motrices? Distinguiendo aquí las efectivas y las potenciales. En que, hoy en el país, las potenciales son bastante más amplias que las efectivas en el presente. De donde la cuestión: ¿cómo cubrir el vacío, cómo transformar la fuerza potencial en fuerza efectiva?

Si se trata de un cambio en favor del pueblo, lo básico –como bien apunta el profesor Jaime Ornelas- radica en construir y desarrollar *poder popular*, poder de los de abajo. Pero no todos coinciden en este punto. Volvamos, entonces, a preguntar: ¿Cómo acumular fuerzas?

Citemos a Perogrullo: si los que desean el cambio no tienen fuerza, no hay cambio. Entonces, ¿cómo lograr la fuerza suficiente? En que suficiente exige comparar la fuerza propia con la que manejan los que preservar el modelo neoliberal. En términos gruesos, se pueden distinguir dos grandes estilos políticos de acumulación de fuerzas: a) la vía parlamentario-electoral; b) la vía que busca generar un *poder popular alternativo*, con cargo a la lucha de masas.

La primera, organiza el trabajo político por regiones electorales y su finalidad es ganar las elecciones (presidenciales, parlamentarias, etc.). Este estilo político provoca consecuencias como: a) favorece a los liderazgos carismáticos; b) la estructura partidaria favorece el sistema de asambleas; c) privilegia el papel de dirigentes y jefes en desmedro de una base que pasa a jugar un papel pasivo: debe votar, asistir a algunas concentraciones y marchas, juntar algún dinero y nada más; d) los dirigentes, pasan a funcionar como gestores de los humildes ante los poderes establecidos; e) esta ruta tiende a focalizar el poder (que se dice buscar) donde no está. Por ejemplo, en el

Parlamento; e) tiende a corromper a los dirigentes y parlamentarios populares. Como muestra la evidencia conocida, un alto porcentaje se pasa a las filas de la clase dominante; f) no fortalece el poder de lucha de los trabajadores. Más bien tiende a reproducir su rol subordinado.

La segunda ruta es más difícil pero también más efectiva. Como rasgos centrales tenemos: a) en la relación jefes-bases, privilegia el segundo aspecto. Para usar una frase célebre, se trata de “mandar obedeciendo”; b) concentra la actividad política en los centros de trabajo (células partidarias en centros de trabajo) y busca que los obreros empiecen a disputar el poder fabril con el capital, vía el impulso a la constitución de Consejos Obreros. O sea, *opera en el mismo corazón de las relaciones de propiedad*; c) en el caso de México, esta ruta es aún más compleja y peligrosa. Los grandes centros fabriles están dominados por sindicatos charros y el Gobierno no vacila en aplicar la represión más despiadada para evitar que lleguen intrusos, d) en todo caso, si la ruta prospera, acerca al *poder real* y, en caso de luchas más rudas, prepara mejor a la clase obrera; e) esta forma de lucha no rechaza las elecciones ni el asistir al Parlamento. Pero le da una valoración muy diferente: usa esas instancias como espacio de agitación y no como vía al poder.

Para aprender, la actividad práctica es vital. Y es en la lucha como la clase obrera aprende a identificar amigos y enemigos, conductas eficaces y conductas erróneas. ¿Cómo diseñar los pliegos de reivindicaciones, por salarios, por seguridad laboral, etc.? ¿Cuándo empujar por una huelga, cuándo no empujar? ¿Cuándo tomarse la fábrica, cuándo no? ¿Cómo convencer a los vacilantes? ¿Cuándo enfrentarse a la policía, cuando no? ¿Cómo identificar a soplones y agentes provocadores?

Debe también, aprender el papel vital de la auto-crítica (“transformar las derrotas en victorias”) entendida no como auto-flagelación católica, sino como el *análisis objetivo* (y colectivo) del porqué de los errores y el cómo poder superarlos. De paso: la izquierda verdadera debe *aprender a no ocultar sus errores*, a no “ocultar la basura debajo de la alfombra”, lo que es una forma muy hipócrita de mostrarse y creerse infalible. Por ejemplo, no caer en esa postura milagrosa: “en mi partido no hay corruptos.” También aquí, resalta el papel de la teoría entendida no como puñeta académica sino como iluminadora de la actividad práctica.

En su lucha práctica, en el corto y en el largo plazo, la izquierda debe rescatar firmemente el papel de la *utopía*. Entendida ésta no en su sentido gramatical (“lo que no es posible”) sino en su sentido político-práctico.

¿Cuál es éste?

Ni más ni menos: se trata de proclamar que un mundo pleno de justicia y de libertad, un mundo a la medida del ser humano, de su felicidad y desarrollo pleno en que “el libre desarrollo de cada cual es condición para el libre desarrollo de los demás” (Marx dixit) sí es posible. Por consiguiente, por él se puede y se debe luchar. A la izquierda histórica, este bello afán se le cayó y perdió en el camino. Se trata de recuperarlo y blandirlo con fuerza renovada. Hacerlo, será como recuperar la primavera y la alegría de

vivir. Hacerse más fuerte y más terrícolamente humano. Como bien lo decía Heine, el gran poeta alemán: “el mundo de los cielos, en la tierra debemos construir”.

7.- La crisis neoliberal: ¿Salidas por el lado de la derecha?

En las notas previas nos hemos concentrado en opciones que no son de derecha. En este espacio, digamos de oposición, la alternativa demo-burguesa es bastante más factible que otra de corte socialista. Por lo menos en plazos cortos y medios. Conviene, en todo caso, subrayar: sin una izquierda fuerte, que ahora no existe, la ruta demo-burguesa (que en México debería ser la encabezada por AMLO), pudiera ser muy débil y enredarse en compromisos, o componendas, que lo terminen por desnaturalizar. En suma, una izquierda fuerte no solamente es necesaria para aproximar un eventual proyecto socialista. También es clave para que el proyecto demo-burgués no empiece a claudicar.

¿Qué sucede con las alternativas de derecha? ¿Son posibles? ¿Con qué características?

Podemos empezar con algo que no es, en sentido estricto, una alternativa. Se trata de la continuidad del modelo neoliberal. Si se llegara a dar, algo improbable, la descomposición se agudizaría y el régimen sólo se podría mantener con cargo a una represión cada vez más generalizada. Si el continuismo neoliberal dependiera sólo de factores internos, pudiera quizá darse tal posibilidad. Pero ahora hay que considerar la variable externa, en especial la conducta que pudiera seguir Estados Unidos. Si Trump cumple lo prometido, la clase dominante mexicana enfrentaría problemas variados. Por ejemplo: a) el dogma neoliberal se vería duramente degradado, caso del llamado “libre comercio”. Si el patrón decide colocar impuestos y aranceles, ¿qué pudiera hacer el criado?; b) la migración a EEUU como válvula para suavizar el problema del bajo empleo en México, se vería prácticamente eliminada. Amén de que pudiera empezar algún flujo inverso; c) las exportaciones de México a EEUU empezarían a encontrar dificultades. Sobremanera en la parte clasificada como “industrial”, que es más bien simple maquila. En cuanto a las materias primas y alimentos, si EEUU eleva su crecimiento, pudieran mejorar. Como saldo, se pueden prever ritmos menores. Luego, en un modelo que se pretende dinamizar por la vía de las exportaciones, el crecimiento se pudiera ver afectado. Y como ya es bajísimo, se acercaría a cero o menos en términos per cápita (cayendo en 2017); d) si el país no es capaz de regular y reducir el narcotráfico, algo que parece imposible en un plazo corto, enfrentará reprimendas y presiones fuertes desde EEUU. Para este país, la violencia sin control en México es algo que provoca temor y que no está dispuesto a aceptar. En otras palabras, en su “patio trasero” necesita de seguridad y cierta calma.

A lo indicado se debe agregar el papel que pudiera jugar la clase política. ¿Será capaz de encontrar una salida?

En verdad, la llamada “clase política” (o sea, los políticos, PRI y PAN, que gestionan los intereses del bloque en el poder), se ha venido esclerotizando más y más. No es capaz de mirar el largo plazo (¿será horror al vacío?) y se revuelca entre sus “acumulaciones

originarias” (vulgo desfalcos) y rencillas de vecindad. Se les debería leer a Dante: “cuando vi que llegaba a aquella parte /de mi vida, en la que cualquiera debe / arriar las velas y lanzar amarras”, aunque es obvio que no están para poemas medievales. Y conviene apuntar: en el mismo sector empresarial, incluso a nivel de cúpulas, cunde el malestar. Cuando emerge tamaña impotencia, se suele recurrir a la violencia. Pero está claro que los militares ya no son los de ayer y uno se acuerda de Maquiavelo: “el hombre que se halla armado no obedece con gusto al que está desarmado”. Un ánimo que en el México de hoy, empieza a perfilarse. Algo así como el rumor de algún temblor que pudiera aparecer en el horizonte.

En el 2018 hay elecciones presidenciales. Pudiera ganar AMLO, pero una alternativa de derecha nos obliga a suponer que: i) sería defenestrado al poco andar; ii) no llega al gobierno. Lo que de seguro iría asociado a gran robo de votos y otros artilugios, con lo cual el descontento social se duplicaría. De seguro, en términos casi espontáneos, surgirían protestas violentas. A lo cual, se debe agregar el impacto de una situación económica degradada y el crecimiento del narco y la violencia anti-social. En este caso, ya no estaríamos sólo ante un Estado plenamente fallido sino algo más: estaríamos ante un sistema social en su fase de descomposición final.

Ante una situación como la descrita, podríamos esperar: a) creciente descontento, también en capas medias e incluso en parte de la alta burguesía. La cual, especialmente luego del gasolinazo, empieza a demostrar un fuerte disgusto con el actual gobierno; b) preocupación e intranquilidad en el gobierno de EEUU (ya con Trump a la cabeza) y en las mismas cúpulas empresariales de EEUU, especialmente entre las que manejan inversiones en México. Asimismo, si llega a darse un atentado terrorista en EEUU con nexos o tránsito por el territorio mexicano, la preocupación puede devenir histeria. En este momento, la necesidad de una intervención explícita en México será muy alta. Y muy probablemente tendrá lugar.

Que Estados Unidos intervenga con tropas es muy improbable: a lo más habría movimientos en la frontera y de alguna flota en el Atlántico y/o Pacífico. La intervención se haría con cargo a los militares mexicanos. En lo cual, la Marina, que hoy tiene nexos privilegiados con el Pentágono, pudiera jugar un papel relevante.

El problema que surge es por el posible *contenido* de la eventual alternativa de derechas. Para orientarnos, recordemos el problema de la cada vez más aguda descomposición social y moral del régimen. Aquí, como ya se ha dicho, surgen límites que marca la simple necesidad de sobrevivir. También, por las exigencias de seguridad de EEUU. Resolver este problema pareciera que demanda o más bien exige: a) aplicar la fuerza explícita (o represión abierta) con el afán de disciplinar a la población. Como en los viejos tiempos, más o menos porfirianos, volver a eso de que “la letra con la sangre entra”; b) buscar resolver o más bien disminuir, el problema de la informalidad y alta desocupación. El cual, ya ha llegado a niveles inmanejables.

El requisito a) es factible y también muy probable. En cuanto al punto b) resulta difícil imaginar como un régimen de derechas pudiera suavizarlo. Que la ocupación crezca

lo necesario y se eleven los niveles de vida, demanda un estilo de desarrollo que es poco congruente con las posibilidades de la derecha. En abstracto se puede especular con un régimen de estilo nazi: alta inversión, alto crecimiento, alta ocupación, planificación dictatorial del nivel salarial, etc. Es decir, el recetario de Hitler. Y aunque ésta pudiera llegar a ser la moda en varios países, en un país dependiente como el nuestro es una pura fantasía.

En principio, pareciera que sólo es probable un régimen de dictadura abierta. Digamos también: muchas personalidades, en el norte del país, han empezado a pensar: “nosotros estamos bien. Es el centro-sur el que funciona como un fardo. Mejor nos separamos y pasamos esa región a Centroamérica. Inclusive, hasta nos podríamos incorporar a la Unión Americana, al estilo de Texas o California. Con lo cual, se cumpliría nuestro “sueño americano.” Si esto fuera factible, tendríamos que la ruta de una “nueva derecha”, no sólo pasaría por el carril de un régimen altamente represivo. También, por la desintegración del país.

8.- Cambio de modelo económico: ¿Es posible?

En México el modelo neoliberal, vigente desde 1982 (ya 34 años), ha provocado en el país: a) lentísimos ritmos de crecimiento: se puede hablar de cuasi-estancamiento; b) una distribución del ingreso muy regresiva y un alto porcentaje de la población viviendo en condiciones de pobreza extrema; c) una profunda dependencia de la inversión extranjera y, en especial, de los EEUU.

El ascenso de Trump a la presidencia en EEUU y las políticas económicas que ha prometido impulsar, ponen en la estacada al neoliberalismo mexicano, lo colocan como enfermo grave y desahuciado. Algunos, pocos pero poderosos, pretenden continuar con el modelo, aunque sea en términos lastimosos. Como sea, ante esta *crisis de orden estructural*, es claro que el país debe abandonar de cuajo ese estilo de funcionamiento (no hacerlo es como optar por el suicidio colectivo) y avanzar a un patrón de funcionamiento *cualitativamente diferente*. Y no está demás señalar la ironía encerrada en esta situación: la crisis y el cambio se le deben atribuir a Trump y cía. No al levantamiento de fuerzas nacionales mexicanas. ¿Alguna duda sobre la dependencia?

En este nuevo orden, es inevitable que el sector exportador (por lo menos durante un primer momento, que pudiera ser algo largo) deje de ser locomotora. Por lo mismo, el mercado interno debe pasar a funcionar como el factor impulsor determinante. Lo cual, debe subrayarse, exige mejorar significativamente la distribución del ingreso. Si esto no tuviera lugar, ¿a quién le venderían las empresas productivas que ahora deben vender en el mercado interno? Mejorar la distribución del ingreso no debe entenderse en el sentido de aplicar y ampliar los programas anti-pobreza basados en subsidios, prestaciones y demás. Se trata de pasar desde la “limosna apaga-fuegos” a un programa de *industrialización* y de empleos formales productivos. Por lo mismo, de *absorción productiva de la marginalidad*.

Para agrandar el tamaño del mercado interno se debe elevar el ingreso de los más pobres, transformarlos en demandantes significativos de bienes de origen industrial. Y para esto, la economía debe empezar a crecer a altos ritmos. Y se debe recordar: *para suprimir la pobreza, el remedio más eficaz es el logro de altos ritmos de crecimiento*. Lo cual, también implica un muy fuerte esfuerzo de inversión. Y como ésta tiene un alto componente importado surge el problema clásico: la falta de divisas puede estrangular la inversión y el crecimiento. De aquí la necesidad de racionar con extremo cuidado el uso de las divisas escasas, orientarse por las “cadenas de valor”, hoy del todo fracturadas. Para el caso también debe recordarse que en el país opera un consumo suntuario y de ostentación que es importado y muy alto. Y que debería ser castigado en favor de la inversión productiva. En términos llanos, se debería prohibir la importación de whisky escocés y de champagne francés. En su reemplazo, importar maquinaria. Hoy, el coeficiente de inversión bruta gira en torno a un 20-22%. La reposición del capital fijo absorbe un 10% o más. Por ende, la inversión neta gira en torno a un 10% o algo más. Para un coeficiente producto a capital igual a 0.25, tenemos una tasa de crecimiento del 2.5% anual (0.10×0.25). Si se pasa a un coeficiente de inversión neta del orden del 15% con un coeficiente producto-capital incrementado al 0.30, se llegaría a una tasa de crecimiento del producto del orden de un 4.5%. El cálculo es bastante burdo, pero en términos de gruesos órdenes de magnitud, nos señala que la eventual “nueva ruta” no será un paseo triunfal sino algo bastante complicado. Máxime si se considera el papel del sector externo.

En este marco, también se puede esperar que las empresas nacionales pasen a ocupar un papel de vanguardia, reduciéndose el peso del capital extranjero. Como bien escribía Aníbal Pinto, el gran economista latinoamericano, “el impulso de una economía subdesarrollada que depende del comercio de productos básicos puede basarse en alto grado en la inversión foránea, pero no ocurre lo mismo si son las demanda y el mercado interior las metas de las actividades que se propugnan. En este caso, la responsabilidad de los capitalistas nacionales no va a ser suplida por la iniciativa extranjera.” Este juicio, hoy se debe matizar (el capital extranjero le tiene menos asco al mercado interno) pero, en lo grueso, tiende a ser válido. Este cambio de agente impulsor primordial no será sencillo: el largo período neoliberal ha provocado un claro adormecimiento y hasta degeneración en las capacidades empresariales autóctonas. El desplazamiento de marras también exige una fuerte intervención estatal para fortalecer y favorecer al empresariado autóctono (apoyos crediticios, de calificación de gerentes y trabajadores, generación de economías externas, etc.). También, si es necesario, para generar empresas estatales (del todo o mixtas).

Por supuesto, la necesidad de diversificar el destino de las exportaciones mexicanas resulta vital, algo que no será fácil. El proteccionismo de EEUU, aunque este país llegara a crecer más rápido que en los últimos años (algo muy probable), va a afectar negativamente a las exportaciones del país. Las que van a EEUU explican un 80% o algo más de las exportaciones totales. En general, se puede esperar que descienda la capacidad

para importar como porcentaje del PIB. Esto, en un contexto de fuertes presiones sobre el balance de pagos: si la inversión crece fuertemente (algo imprescindible) y el PIB del país también se eleva, las presiones por importar resultarían inmanejables. Lo cual *obliga* a un fuerte control de las importaciones (aranceles, cuotas, tipos de cambio diferenciales, etc.). Y muy probablemente, según la respuesta de la capacidad para importar, a modificar (hacia abajo) las posibles metas de crecimiento del PIB. Y además está señalar que se deben poner en juego toda la vasta gama de instrumentos de política económica disponibles y que el neoliberalismo dejó en el olvido total. Si usted debe operarse de una uña o de la nariz, lo puede hacer en términos ambulatorios. Si se trata de una cirugía mayor, hay que usar el mejor hospital con el mejor instrumental.

Compatibilizar altos ritmos de inversión y crecimiento, mejoras en la distribución del ingreso y una balanza de pagos manejable, es algo más que complicado. Y de seguro, imposible de maximizar, a la vez, en los tres planos. Más allá de preferencias doctrinarias, el cambio de rumbo exige de una fuerte e inteligente regulación estatal. También, generar “emoción” y “tenacidad” en favor del crecimiento. Y de manera crucial, castigar con extrema dureza al factor corrupción. Un gobierno fuerte, duro y muy autoritario (en favor del crecimiento, en contra del despilfarro improductivo) pudiera no ser muy democrático (para la elite), pero sí muy funcional.

9.- Libre comercio versus protección. ¿Cuándo, cómo y entre quiénes?

La relación entre tamaño del mercado (o de los mercados) y niveles de productividad del trabajo es bastante antigua en el plano teórico. Podemos empezar retomando el viejo planteamiento de Adam Smith. Para este economista insigne y que mucho entendía de los procesos de desarrollo, la relación es muy importante. La podemos entender con cargo a los siguientes pasos.

Primero tenemos la relación entre el Producto por habitante y el nivel que alcanza la productividad del trabajo.

Si suponemos (en términos muy gruesos pues se dan algunas excepciones) que el nivel de bienestar de la población de un país está muy asociada al nivel del PIB per cápita, podemos deducir que se trata de elevar ese PIB por habitante. También se sabe que entre el nivel del PIB por habitante y la productividad del trabajo la relación es positiva y muy estrecha. Si sube la productividad se eleva el producto por habitante. De hecho, se puede afirmar que el principal determinante del PIB por habitante es la productividad hora del trabajo.

Segundo: para Smith la productividad del trabajo está estrechamente asociada al nivel que alcanza la división del trabajo. Mientras más detallada sea ésta, mayor la productividad. Smith tenía frente a él la fase manufacturera (en el sentido que Marx le da al vocablo) del trabajo y aquí resultaba muy claro que una muy desmenuzada división daba lugar a un rendimiento por trabajador más elevado.

Tercero, el grado que alcanza la división del trabajo está asociado positivamente al tamaño de los mercados de venta. Luego, podemos suponer que aquí también operan economías de escala: si los mercados son grandes, los niveles de producción pueden subir y a mayores niveles de producción, la división del trabajo crece y ello arrastra a la productividad. ¿De qué depende el tamaño de los mercados? En términos muy sencillos, podemos mencionar: a) el nivel de la demanda global que depende del mercado interno. Lo cual, a su vez, viene dado por el tamaño de la población, el ingreso por habitante y el tipo de productos que se esté examinando; b) el nivel de la demanda externa que recae sobre la producción nacional. Es decir, el peso de los mercados externos a los cuales el país puede acceder.

Conviene indicar: la postura de Smith en favor del libre comercio surge cuando Inglaterra era ya, con claridad, la primera potencia industrial del mundo. Tiempo antes, cuando Holanda superaba a Inglaterra, la Reina Isabel I desplegó un muy fuerte proteccionismo. La doctrina del libre comercio se mantuvo durante todo el siglo 19 y más. Según Stanley Jevons, uno de los padres fundadores de la escuela neoclásica, “el libre comercio puede considerarse como un axioma fundamental de la economía política”⁵, algo que cree tiene el estatuto de los axiomas de Euclides.

Es importante recordar: los países que llegaron relativamente tarde al proceso de industrialización (a veces denominado “take off”), desahuciaron el libre comercio. Lo hizo Napoleón, también los Estados Unidos que hasta precipitó la guerra del Norte industrial contra el Sur esclavista y anti-proteccionista. La Alemania de Bismarck hizo lo propio y también el Japón de la revolución Meiji. Y tampoco se debe olvidar: cuando Estados Unidos alcanzó notoria supremacía económica (luego de la 2° Guerra Mundial), se transformó en fervoroso partidario del libre comercio.

Lo mencionado –sobre el proteccionismo- no anula las ventajas de un mercado de gran tamaño. Ya avanzado el siglo XXI, el fenómeno de la producción a gran escala (o “rendimientos crecientes a la escala”, tan rechazado por los teólogos neoclásicos) se ha tornado aún más demandante. Y si se trata de economías pequeñas (en población e ingreso per-cápita), hay muchas líneas de producción industriales que quedan fuera de su alcance pues exigen montos de producción y de ventas que el país no es capaz de satisfacer. Algo que fue subrayado por la Cepal clásica (Ahumada, Prebisch) y por otros autores como Ragnar Nurkse. Por lo mismo, la prédica sobre los mercados comunes y el libre comercio, con el acceso a la demanda externa que ello posibilitaría, suele convencer a no pocos. Aunque conviene no confundir la conceptualización de autores como Prebisch y Nurkse (muy conscientes del problema de la asimetría), con la de los “cruzados” neoclásicos (Videgaray, Salinas, Menem, Gurría, Friedman, Barro, etc.). O sea, de los que en México produce el ITAM, una fábrica al servicio del estancamiento económico.

⁵ Citamos según T. W. Hutchison, “Sobre revoluciones y progresos en el conocimiento económico”, pág. 131. FCE, México, 1985.

¿Es bueno para la economía un mercado muy amplio, que supere las fronteras nacionales? En abstracto, la respuesta positiva es indiscutible. Pero un análisis más concreto, puede conducir a una muy diferente respuesta. Que es, por lo demás, la postura que asumieron países como los antes indicados.

¿Dónde radica el problema?

Se puede plantear como criterio general: en una economía de mercado capitalista, el funcionamiento *espontáneo* de la ley del valor (al transformar el trabajo privado en social), provoca tendencias muy fuertes a la desigualdad económica entre países, regiones, empresas. En términos muy simples se puede indicar: una empresa que opere con una productividad equivalente al 70% de la productividad media de la rama, si gasta mil horas de trabajo total, se le reconocerán 700 horas de trabajo social. Si su productividad es 20% superior a la media, gastando mil horas de trabajo privado, obtendrá el equivalente a 1200 horas de trabajo social. La rentabilidad resulta muy diferente y, por lo mismo, también serán muy diferentes las capacidades para crecer e incorporar progreso técnico. En suma, si se ponen en contacto organismos económicos muy desiguales, el fenómeno será considerablemente agudo. Ya el sueco Myrdal lo dijo con gran claridad: existe la “causación circular acumulativa” y el libre comercio entre naciones con diverso nivel de desarrollo, conduce a una mayor desigualdad, hace a los pobres más pobres y a los ricos más ricos.

Podemos acudir a un ejemplo tosco. Si teniendo quince años, usted sube al ring a pelear con el campeón mundial pesado (imagine a un Mohammed Alí), regida la pelea por un reglamento igual para los dos, es evidente que se trata de una *falsa igualdad* que encubre (no mucho) una *muy fuerte desigualdad real*.

El problema que emerge es claro: ¿es posible conjugar las ventajas de un mercado amplio y las economías de escala que éste puede generar, con la eliminación de los procesos que provocan una mayor desigualdad? Si se sostiene que la mejor política económica es la ausencia de política económica (neoliberales dixit), es evidente que la conjugación es imposible. Pero nada impide pensar en una activa política económica, que actuando al interior de un vasto mercado común, regule el proceso, evite la polarización y, por consiguiente, genere tendencias que apunten a un posible acercamiento de los niveles de productividad e ingreso por habitante. Lo cual supone que los grandes operan con una “generosidad” (o visión de muy largo plazo) casi imposible de encontrar en el mundo capitalista. En este marco, *lo que impera es la imposición política y la desigualdad económica*. Por lo mismo, las uniones aduaneras, mercados comunes y demás, terminan como zonas en que imperan jerarquías económicas y políticas en favor de la potencia dominante.

Consideremos el tratado de libre comercio entre Estados Unidos y México. Las exportaciones mexicanas han crecido bastante y el norte del país ha progresado (se ha “agringado”). En la estadística, las exportaciones parecen industriales, pero son básicamente bienes simplemente *maquilados* en el país, con un elevadísimo componente importado. Además, se trata de inversión extranjera (EEUU). Industria genuina,

prácticamente ha desaparecido. O sea, de hecho se ha dado un proceso de des-industrialización. Junto a ello, el resto del país, desde el centro hacia el sur, se ha visto brutalmente privado. Crece la miseria, crece la marginalidad y la informalidad. México ya parece un país de vendedores ambulantes, ahogado por una lumpen y pauperizada pequeña burguesía. Luego, si vemos el resultado promedio (entre un norte que parece próspero y un sur marginado) la resultante es clara: el PIB crece en el orden del 2% anual y el per-cápita entre 0 y 0.5% promedio anual. Antes, en el periodo 1950-1980, el PIB creció entre un 6-7% anual.

Conviene también por lo menos advertir: en el mundo contemporáneo, dominado por las grandes corporaciones monopólicas, hablar de “libre comercio” resulta más que engañoso. La discusión real se da entre la planeación corporativa versus una posible regulación estatal que busque controlar a esos monopolios. El punto es complejo y decisivo. Por ahora, baste indicarlo.

Pasemos al mundo desarrollado. ¿Cómo ha operado en Europa el fenómeno?

La Unión Europea aprobó, inicialmente, algunas leyes que pretendían favorecer la convergencia entre regiones adelantadas y atrasadas. Algo se logró, vg., en España. Pero al cabo, la hegemonía alemana se tornó más y más evidente. Las otras grandes potencias (para no hablar de países pequeños como Grecia y otros), Inglaterra, Francia, etc., empezaron a sentirse dominadas y han empezado a expresar su disgusto y, al cabo, a salirse del Mercado Común. Con ello, en este marco, recuperan autonomía (control de su política económica) y ganan más de lo que pierden. Que este proceso haya sido encabezado por la derecha (ahora nacionalista), es más que significativo.

¿Qué pasa con Estados Unidos? Al terminar la Segunda Guerra Mundial, la superioridad de Estados Unidos era impresionante. En 1950, si hacemos la productividad hora de EEUU igual a 100, para Alemania tenemos 36 y para Japón 16. En 1982, para EEUU igual a 100 tenemos para Alemania 94 y para Japón 60. En los años que siguen, EEUU se recupera algo y Japón y Europa se atascan. En todo caso, entre 1976 y 2003, la productividad (sector privado) crece al 1.59% anual en EEUU, al 1.68% en la Zona Euro y al 1.77% en Japón. Si antes EEUU perdía terreno con Japón y Alemania, en el último período lo pierde con China e India. En el período 2001-2007 (pre-crisis) la productividad del trabajo crece al 2.0% en EEUU (12.6% en el sexenio), al 1.6% en Japón, al 1.3% en Alemania, al 9.5% en China (72.4% en el sexenio) y al 4.4% en la India. Luego, en el período 2009-2014, la productividad crece en EEUU al 0.9% anual, en Alemania al 1.2%, en Japón al 1.2%. En India al 7.0% y en China al 7.4%. Los diferenciales son altos y si aplicamos el interés compuesto mucho más. En cinco años, China eleva su productividad en un 43%; Estados Unidos en un pequeño 4.6%.

Para bien atacar el problema debe considerarse otro dato clave. Para las grandes corporaciones gringas, la tasa de ganancia que obtienen en otros países supera holgadamente a la que obtienen en Estados Unidos. Luego, una parte creciente de las ganancias totales proviene del “resto del mundo.” En 1982 llegaban al 14.8%; en el 2014 al 19.0%. Pero lo que es bueno para esas trasnacionales no suele ser bueno para la

economía territorial de los EEUU. Se puede decir que lo ganado afuera se pierde en el territorio propio.

La situación que se perfila apunta claramente a una pérdida relativa del posicionamiento de los Estados Unidos. Máxime si también se considera el persistente déficit externo del país. En este marco, las prédicas en favor del libre comercio tienen que debilitarse. Para triunfar en los mercados mundiales, EEUU empieza a necesitar del apoyo del poder político. ¡Y vaya que sí lo tiene! Es como una palanca o “muleta”, adicional al poder económico. Y esto es lo que empieza –con gran escándalo de las vírgenes neoclásicas- a poner en práctica Donald Trump. Si se fuera menos beato, habría que entender el sentido de los movimientos de Trump. Y también entender que llevan a una ruta de colisión, pareciera ineludible, con países como China y Alemania. De la economía se está pasando a la política. Y en algún tiempo más, muy probablemente “se continúe la política con otros medios”. ¿Se acuerda usted de von Clausewitz?

10.- Trump y EEUU : el problema económico central.

El problema económico de base es la herencia que deja el modelo neoliberal y se refiere al *problema de realización*. En muy alto grado el destino del proyecto de Trump va a depender de la forma en que aborde este problema. Ciertamente no hay conciencia teórica de este fenómeno (Trump no es discípulo de Marx) pero los hombres prácticos suelen ser así. Lo que interesa es su práctica y lo que con ella pudieran generar. Y como ésta es todavía muy incipiente (escribimos dos semanas después de la asunción al gobierno), nos tenemos que basar en las declaraciones programáticas del candidato y su equipo.

Si existe un programa económico relativamente detallado, no lo conocemos. Pero de las orientaciones y medidas que se han indicado se pueden deducir los perfiles más gruesos del programa económico. Quedan dudas y se puede pensar en tales o cuales falencias. Pero si nos mantenemos en un plano muy general, incluso tosco, se puede deducir que estamos en presencia de orientaciones que son coherentes entre sí y que apuntan a una estrategia específica.

Antes de examinar dicha estrategia y para mejor comprender su sentido y posibilidades, resulta necesario examinar los problemas actuales de la economía estadounidense. Apuntando a los problemas más visibles podemos señalar: a) bajos ritmos de crecimiento de la productividad y del PIB; b) bajos niveles de la inversión; c) distribución del ingreso extremadamente regresiva. Con salarios que descienden incluso en términos absolutos.

Todos estos problemas están entrelazados y por debajo de todos ellos, está el agudo problema de realización que ha generado el período neoliberal. ¿En qué consiste el problema de la realización? Marx indicaba que “la plusvalía se produce tan pronto como la cantidad de trabajo sobrante que puede expresarse se materializa en mercancías. Pero

con esta producción de plusvalía finaliza solamente el primer acto del proceso (...). Luego, “empieza el segundo acto del proceso. La masa total de mercancías, el producto total, tanto la parte que repone el capital constata y el variable como la que representa la plusvalía, necesita ser vendida.” Además, señala nuestro autor que “las condiciones de la explotación directa y las de su realización no son idénticas. No sólo difieren en cuanto al tiempo y al lugar, sino también en cuanto al concepto.”⁶ También se podría decir: luego de haber terminado el proceso de producción, comienza el proceso de vender lo producido. Y nada hay que asegure que las magnitudes producidas coincidan con las magnitudes vendidas.

Para simplificar la explicación, podemos dejar de lado el consumo intermedio y concentrarnos en el Producto Agregado (o Ingreso Nacional). En este podemos distinguir dos partes: a) el “Producto Necesario”; b) el Producto Excedente o plusvalía potencial.

El “Producto Necesario” es igual a la parte del Producto Agregado que va a parar a manos de los trabajadores asalariados que participan en las tareas de producción. O sea, los salarios de los trabajadores productivos (o capital variable gastado por el capital). Coinciden con esa parte del producto que denominamos “Producto Necesario.” Luego, si manejamos el supuesto usual de que los asalariados “gastan lo que ganan”, tenemos que con ese gasto (que son compras de bienes de consumo), los capitalistas logran vender la parte del Producto Agregado que se corresponde con el llamado “Producto Necesario”. Así las cosas, lo que queda por vender es el Producto Excedente o plusvalía potencial. El cual, obviamente, es lo que más les interesa a los capitalistas pues en él están encarnadas las ganancias que todo capital busca obtener. Es donde radica la *razón de ser* de todo capitalista. Como bien apuntaba Marx, “la finalidad del capital no es satisfacer necesidades, sino producir ganancias”. O bien: el capital “sólo produce lo que puede producirse con ganancia y en la medida que ésta puede obtenerse.”⁷

En EEUU, durante la fase neoliberal, se ha asistido a un fuerte aumento en la tasa de plusvalía. En términos gruesos y para efectos de una primera aproximación, suponemos que hacia 2007, la tasa de plusvalía era del orden de 4.0. Por consiguiente, del Ingreso Nacional, 20 funcionaban como Producto Necesario y 80 como excedente.

¿Qué tipo de gastos pueden transformar en dinero (o sea “realizar”) el excedente que genera el sistema?

Empecemos suponiendo una economía privada, cerrada y sin gastos improductivos. En este caso los factores de realización son dos: i) la inversión privada; ii) el consumo de los capitalistas. Y se suele considerar que es la inversión el factor clave. Máxime si se trata de los primeros tiempos del régimen, en el cual predominaban los capitalistas austeros y puritanos, los que hacían de la acumulación una verdadera religión. En EEUU la inversión privada no residencial apenas si realiza un mísero 1.2% de la plusvalía generada. La inversión residencial, que se traduce en casas y no en equipos de

⁶ C- Marx, “El Capital”, Tomo 3, pág. 243. FCE, México, 1973.n

⁷ C. Marx, “El Capital”, tomo III, págs. 254 y 256. FCE, México, 1973.

producción, fue del 6.2% y en términos gruesos, es totalmente financiada con deuda. Luego, el consumo de los capitalistas compra un 9.7% del excedente. Si sumamos, llegamos a un 17.1 %. El punto a subrayar es el bajo peso de la inversión como factor de realización, algo que no parece normal y que provoca efectos bastante malsanos para la economía: el más evidente y directo es la baja tasa de crecimiento de la productividad y del PIB.

Como segundo paso pasamos a considerar el sector externo: exportaciones menos importaciones. El sector externo nos lleva a considerar las exportaciones netas, que suelen jugar un papel relevante. Son netas pues las importaciones agrandan la oferta. De aquí también que un saldo externo negativo, en vez de ayudar agrava los problemas de realización. En el 2007, este saldo fue negativo y llegó a un -7.5%. Si sumamos con los primeros rubros llegamos a un bajísimo 9.6%.

Tercer paso: consideramos el gobierno. Aquí debemos distinguir primero entre: i) consumo del gobierno; ii) inversión del gobierno. En cuanto al consumo, se divide en sueldos y salarios que se pagan a la burocracia estatal (que se supone igual al valor agregado del gobierno) más compras de bienes a otras empresas. En su conjunto, el gasto público llega a un 26.0 % del excedente. Sumando, alcanzamos a un 35.4 %.

Finalmente debemos considerar el consumo de los asalariados improductivos que no forman parte de gobierno. Son básicamente empleados que trabajan en el comercio, la banca y cierto tipo de servicios (publicidad, seguridad privada, etc.). También suponemos que gastan lo que ganan. Este rubro compra alrededor de un 54.6 % del excedente, una cifra enormemente alta y que nos habla del fuerte parasitismo que afecta a la economía yanqui. La suma, hasta ahora gira en torno a un 90%. O sea, faltan gastos que sean capaces de absorber el 10% restante de la plusvalía potencial. La respuesta viene dada por el consumo asalariado financiado con deuda. El consumo inicialmente lo calculamos igualándolo a los salarios pagados. Pero el consumo efectivo es mayor pues las familias recurren al crédito. Con lo cual, sea dicho al pasar, las familias empiezan a cubrir un servicio de deuda que les empieza a comer una parte cada vez más elevada de sus salarios y se avanza a una situación de posible insolvencia. Esto ya sucedió durante las crisis del 2007-2009. Y si no se modifica sustancialmente el actual modelo económico, volverá a pasar.

Recapitulemos. En el problema de la realización podemos encontrar los siguientes problemas centrales: a) una tasa de plusvalía demasiado elevada, tanto que se ha transformado –su magnitud- en algo disfuncional al sistema; b) no se puede seguir encomendando la “solución” (???) del problema al endeudamiento de las familias (si sumamos la deuda pro vivienda llegamos a más de un 16%); c) tampoco se puede seguir recurriendo a la verdadera explosión de los gastos improductivos. A menos que se opte por el estancamiento económico; d) se debe elevar sustancialmente la tasa de inversión, la privada y la pública. Para lo cual, también se debe estimular un fuerte progreso técnico; e) se debe corregir de cuajo el saldo externo negativo.

La pregunta que emerge es muy clara: ¿será capaz el capitalismo estadounidense de resolver estos problemas? Más precisamente, ¿cuáles pudieran ser las posibilidades de Trump en relación a estos problemas?

11.- El programa económico de Trump.

En su campaña electoral, Trump prometió un crecimiento anual (PIB) del 4% y, en algunos momentos de entusiasmo, dijo que se podía llegar a un 5% o 6%. En el presente siglo (2015 sobre el 2000) el PIB creció a menos del 1.8% promedio anual. En el 2016 al 1.6%. O sea, respecto a la historia relativamente reciente, la propuesta implica un aumento bastante significativo.

En el plano programático más general, también se debe señalar: a) se recupera la idea de desplegar una política económica *activa*⁸; b) en especial, se le asigna alta importancia a la política fiscal y a la de comercio exterior; c) se vuelve a privilegiar al sector industrial como eje del desarrollo.

Elevar la tasa de crecimiento exige *eleva la tasa de inversión*. Además, hay un factor clave en el programa de Trump: recuperar el papel central de la industria en el proceso de desarrollo. Para el caso, se debe recalcar algo que han olvidado los neoliberales: la industria de transformación es el sector con más capacidad impulsora y de arrastre.⁹ Baste indicar: sin una industria altamente desarrollada, el progreso científico y técnico hoy resulta imposible.

¿Cómo se busca incentivar la inversión? En términos gruesos podemos mencionar:

- 1) Se plantea una fuerte reducción a los impuestos pagados por las empresas. El impuesto a las ganancias pasaría del 35 al 15% y se estima que pudiera generar un crecimiento del PIB entre 0.6-1.3% según el período.¹⁰ Se supone que esto determinará una mayor tasa de ganancia y una muy importante inversión adicional. No obstante, se debe indicar que tales medidas serán eficaces sólo si a la vez aumenta sustancialmente la demanda agregada.
- 2) Se propone un muy fuerte programa público de gastos: a) en obras de infraestructura: puertos, aeropuertos, caminos, etc. En este sector hay reconocidamente un fuerte déficit y se ha hablado de proyectos que llegarían a un valor de un trillón (un millón de millones) de dólares. Esta fue la cifra que manejó Trump en su reciente mensaje al Congreso, señalando que el esfuerzo debe ser guiado por dos principios centrales: “compre americano y contrate

⁸ Recordemos que para la ortodoxia neoliberal, “la mejor política económica es la ausencia de toda política”.

⁹ Según Petras, “la estrategia de Trump de priorizar a las industrias de EEUU es una crítica implícita al desvío del capital productivo hacia el capital financiero y especulativo, algo que ha ocurrido en las cuatro administraciones anteriores.” Cf. James Petras, “Trump: capitalismo nacionalista, una alternativa a globalizacáo?” En Resistir.info (revista electrónica, Portugal), 28, enero, 2017.

¹⁰ Banco Mundial, “Global Economic Prospects”, pág. 71. Washington, January, 2017.

americanos”¹¹; b) una elevación sustancial del gasto militar: “no podemos admitir que otras naciones superen nuestra capacidad militar” (discurso en campaña). Para lo cual, en su mensaje al Congreso, ha propuesto “uno de los mayores aumentos en el gasto de defensa nacional de la historia Americana”.¹²

- 3) Agrandar el mercado interno, impulsando un programa de sustitución de importaciones: producir en el país una parte de lo que hasta ahora se ha importado. ¿Cómo operaría este proceso? Por lo que se sabe, se aplicarían dos tipos de medidas: a) colocar aranceles a cierto tipo de importaciones, En especial, a bienes ensamblados por empresas gringas en el extranjero; b) buscar que vuelvan al territorio nacional, empresas que las grandes corporaciones multinacionales tienen en el extranjero. Por lo menos, que las *nuevas* inversiones se realicen en el territorio. En su mensaje al Congreso, Trump señalaba que se debe “facilitar a las empresas hacer negocios en EEUU y hacer mucho más difícil que las empresas dejen a nuestro país”.¹³
- 4) En cuanto a los salarios y el gasto en consumo que de ellos proviene, hasta ahora se ha señalado: a) una reducción de impuestos (entre 2.5 a 7.0% sobre el ingreso), no muy fuerte (bastante menor a la que se aplicaría a las empresas). Se estima que pudiera provocar un impacto en el Ingreso Nacional del orden 0.3-0.6% en dos años;¹⁴ b) la ocupación asalariada debería aumentar en términos importantes. Se ha indicado que en 10 años se planea crear 25 millones de nuevos empleos. Otros autores, señalan que sólo a partir de la inversión planeada en infraestructura se crearían 14,4 millones de nuevos empleos en 10 años; c) como también se espera un aumento del salario real por hora trabajada, deberían aumentar los salarios totales y, por lo tanto, el gasto en consumo de los asalariados. El crecimiento de la masa salarial se daría más por el lado de una mayor ocupación y, por lo mismo, no cabe esperar una fuerte reducción de la tasa de plusvalía. Si hubiera un descenso sería leve. Como sea, es posible que tenga lugar un crecimiento importante del consumo asalariado. En todo caso, no parece que pudiera ser el Departamento II (el productor de bienes de consumo) el que lidere el crecimiento de los mercados internos. Todo parece indicar que el motor del crecimiento podría venir por el lado del Departamento I.

¹¹ D. Trump, “Remarks by President Trump in Joint Address to Congress”, February 28, 2017. White House/The Press Office.

¹² *Ibidem*.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ Banco Mundial, obra citada.

- 5) Costos ecológicos. Si se maneja una visión de corto plazo, los gastos asociados a la protección del medio ambiente, se ven como no rentables: suben costos y no reeditúan. Según Trump, “el concepto de calentamiento global fue creado por y para los chinos, para tornar no competitiva a la industria manufacturera de EEUU.” Si Trump corta gastos o prohibiciones en torno a procesos industriales dañinos al medio ambiente, reduce costos privados y mejora el poder competitivo de las empresas estadounidenses. En suma, estimula la producción y el empleo industrial, junto con ayudar a mejorar el balance de pagos. En el largo plazo, ciertamente estas medidas pueden ayudar a que sobrevenga la catástrofe ecológica.
- 6) ¿Qué pudiera pasar con la tasa de interés? Si se desea cumplir con las metas de fuerte desarrollo industrial debería mantenerse en niveles bajos. Como el punto también incide en el comportamiento del balance de pagos lo examinaremos al discutir esta segunda y clave dimensión.

Hay un punto crucial que no queda claro en los planteos hasta ahora conocidos (febrero de 2017). Se trata del impulso a los gastos en investigación y desarrollo (I&D), los que resultan claves para la generación de progreso técnico e innovaciones de orden mayor. Sobremanera si el crecimiento va a estar centrado en el Departamento I de la economía, la disponibilidad de innovaciones de gran calado resulta vital para tal tipo de desarrollo. Es posible que las grandes innovaciones pudieran brotar del plan de altos gastos militares. Como se trata de artefactos complejos, lo que la experiencia histórica muestra, en EEUU, es que el gasto militar puede ir asociado a progresos tecnológicos y científicos no menores, los que luego se aplican a la economía civil.

El segundo y crucial aspecto del programa de Trump se refiere al *saldo externo*, la diferencia entre exportaciones e importaciones. Esta diferencia es negativa y muy alta si se consideran bienes y se reduce algo cuando también se considera el rubro de servicios. En el 2005 y 2006 llegó a un 5.5% del PIB y luego de la gran crisis ha bajado, a un 2.9% en el 2012, a un 2.8% en el 2014 y a un 3.3% en el 2015. El descenso se debe en parte al menor ritmo de crecimiento y a la mejoría en los términos de intercambio.

¿Qué se puede esperar en este respecto? En el punto 3) previo ya hemos señalado que se generarían condiciones para un proceso de sustitución de importaciones que pudiera ser bastante significativo. Asimismo, Trump ha indicado que se privilegiarán de ahora en adelante tratados bilaterales de comercio, con cargo a los cuales se buscaría incentivar las exportaciones y regular importaciones. Y está claro que en negociaciones bilaterales el poder económico y político-militar de EEUU lleva todas las posibilidades de conseguir acuerdos beneficiosos.

En el plano del sector externo, el gran problema que debe abordar Trump es el que provoca la sobrevaluación del dólar. Un dólar sobrevaluado premia a los importadores y castiga a los exportadores. O sea, estimula el déficit de la cuenta corriente. Conviene examinarlo junto con el problema de la tasa de interés. A título previo recordemos que

durante su campaña electoral, cuando la Banca Central de EEUU elevó las tasas de interés, Trump manifestó su disgusto. A la luz de estas consideraciones vayamos a nuestro tema. Podemos empezar examinando lo que provoca un aumento de la tasa de interés.

Primero veamos el caso de los bonos (préstamos a plazo fijo con un interés anual pactado). Para los emisores de bonos (vg., el Gobierno), significa que se encarece el crédito. Para obtener la misma cantidad de dinero que antes deben pagar más que antes. De lo contrario, nadie comprará el bono. En cuanto a las acciones, si el precio de una acción dependiera exclusivamente de los ingresos esperados a futuro y éstos no se mueven, la mayor tasa de interés provoca un descenso en el valor descontado de esos ingresos. Además, una mayor tasa de interés puede provocar expectativas menos optimistas (o más pesimistas) sobre el monto de los ingresos futuros y elevar la prima de riesgo. Por consiguiente, provocar un impacto bursátil también negativo. En el caso del capital de trabajo, los préstamos bancarios también se encarecen.

En términos generales, podemos suponer que el aumento en las tasas de interés afecta negativamente al nivel que alcanza la inversión. También, a una parte del consumo en bienes duraderos, la financiada con deuda. El efecto recesivo global resulta claro. En cuanto al balance de pagos, el impacto recesivo per-se pudiera disminuir las importaciones. No obstante, la sobrevaluación del dólar lo puede anular. Algo que viene sucediendo en los últimos años. ¿Por qué se da esta situación que pudiera parecer extraña? Primero, porque el “Resto del Mundo” mantiene al dólar como divisa de reserva (“depósito de valor” de cobertura mundial); segundo, porque en los últimos años se ha elevado la inversión extranjera de cartera en los EEUU. Algo que se ha dado incluso con tasas de interés cercanas a cero. Al parecer, en Estados Unidos la prima de riesgo es cero y en otras regiones (como América Latina) muy elevada. Luego, si en EEUU se eleva la tasa de interés, se puede esperar una mayor entrada de capitales externos. Por lo mismo, que se mantenga la sobrevaluación. Lo cual, como ya se indicó, favorece el saldo externo negativo.

Importa destacar otro fenómeno que resulta casi “anormal” para una potencia imperial. Los activos de EEUU en el extranjero llegaron a 24.515 billones de dólares en el 2016 (2° trim.). Los pasivos a 32.542 billones. O sea, un pasivo neto de 8027 billones. De los pasivos, 17139 billones eran inversión de cartera (un 53% del total), y 6.955 de inversión directa (un 21% del total). En cuanto a los activos de EEUU en el resto del mundo, 6980 billones eran de inversión directa (28%) y 9707 (40%) en cartera. En las últimas décadas aumenta el peso de la inversión directa de los extranjeros, sucediendo lo contrario con las inversiones directas de EEUU en el Resto del Mundo. El cada vez más acendrado parasitismo de la economía estadounidense también se refleja en estas cifras. Las que también reflejan cambios en la correlación económica de fuerzas.

¿Cómo evitar la sobrevaluación? La situación es compleja y no parece fácil de resolver. Recordemos primero que se habla de sobrevaluación cuando el tipo de cambio efectivo difiere (es menor) del “tipo de cambio de paridad”. Para determinar este tipo de cambio se eligen canastas de bienes similares, vg., en EEUU y Europa (o China) y se estima

su coste en las respectivas monedas nacionales. Supongamos que en EEUU tal canasta cuesta 10 dólares y que en Europa cuesta 5 euros. En este caso, el tipo de cambio de paridad entre el dólar y el euro será de dos dólares por un euro (o medio euro por un dólar): con dos dólares compro lo mismo que con un euro. Supongamos ahora que por equis circunstancias, se dan 1.5 dólares por un euro (o $2/3$ de euro por un dólar). En términos de euros, el dólar se ha apreciado. Sucediendo lo contrario con el euro: pasó de 2 a 1.5 dólares. Si quiero comprar la canasta en Europa debo gastar 7.5 dólares (= $(5) \cdot (1.5)$). Y si el europeo desea comprar la canasta en EEUU deberá gastar $(10) \cdot (2/3) = 20/3 \approx 6.7$ euros. Bajo estas condiciones los europeos no comprarán en EEUU y los estadounidenses desearán comprar en Europa. El euro subirá y el dólar caerá. ¿Por qué pudiera no pasar esto y el dólar mantenerse sobrevaluado? La explicación debería encontrarse si buscamos otras posibles fuentes de demanda por el dólar. La respuesta es conocida: el dólar opera como moneda de reserva internacional y en el último tiempo, las inversiones extranjeras constituyen otra fuente de demanda, que además es creciente.

La condición del dólar como “depósito de valor internacional” (unidad de reserva) le genera a EEUU beneficios considerables. El “resto del mundo” demanda dólares no sólo para comprar bienes “made in USA”. También, para mantener reservas. Y EEUU puede pagar en dólares y no en las monedas nacionales del caso. Con lo cual, al final de cuentas, puede financiar parte de sus importaciones con cargo a la emisión de dólares.¹⁵ En cuanto a las inversiones de cartera, mientras en el resto del mundo se den bajos ritmos de crecimiento y turbulencias económicas y políticas, es muy probable que se busque a EEUU como una tierra más segura.

Agreguemos: durante el último quinto del siglo 20, pareció que el euro podía avanzar a operar como moneda de reserva internacional y “comerle” espacios al dólar. Pero el ulterior estancamiento europeo (peor que el de EEUU) ha casi desahuciado esta opción. Hoy, a veces se habla de China. La moneda china es fuerte en la periferia asiática de este país, pero a nivel mundial está lejos de competir con EEUU. En suma, hoy por hoy, no hay competidores para la moneda de EEUU.

Vaya una última indicación. Algunos economistas, un poco obsesivos, han tratado de catalogar lo que empieza a llamarse “trumponomics”.¹⁶ Epstein señala algunas posibilidades: i) keynesianismo (por el énfasis en la política fiscal y la expansión); ii) keynesianismo reaccionario: impulsa la economía hacia el pleno empleo, pero agrandando la desigualdad; iii) keynesianismo militar: hermano y complementario del “reaccionario”: empuja el gasto por la vía del mayor gasto militar; iv) pariente de la “reaganomics”, en tanto se propone rebajar impuestos; v) capitalismo corrupto; vi) terapia hitleriana. De estos apelativos, tal vez los más ajustados sean los ii), por el del aumento ocupacional, no

¹⁵ En el 2003-4, el déficit en cuenta corriente de EEUU llegó al 5.6% del PIB. Si se agrega el saldo de la inversión extranjera directa se llega a un 6.6%. De este déficit, alrededor de un 57% fue financiado por inversiones de cartera (entradas) y un 43% por reservas incrementadas (en dólares) de gobiernos extranjeros. Cf. A. Glyn, “Capitalismo desatado”, pág. 144. Catarata, Madrid, 2010.

¹⁶ D. Epstein, “Trumponomics: Should We Just Say No?”, en Challenge, 2017.

así por la desigualdad que pudiera mantenerse mas no crecer. Y sobre todo el iii). Esto, también se podría calificar como un patrón de crecimiento del tipo Tugan-Baranovski. Con claros ingredientes de un populismo de ultra-derecha.

11.- ¿Un programa factible?

¿Es factible el programa de Trump?

En un plano muy genérico, muy abstracto, la crisis estructural del patrón de acumulación neoliberal juega a favor del cambio. Y se debe apuntar: la crisis se puede superar por una vía de izquierda o por una de ultra-derecha, de corte fascistoide. Y en estos momentos (2017) no se ven posibilidades claras por el lado de la izquierda y sí por el lado de una derecha poco o nada tradicional. Y éste es el carril que Trump ha elegido. En todo caso, la ventaja “genérica” se puede diluir cuando se avanza a las realidades concretas: los actores pueden “equivocarse”, ser “ineptos”. Más precisamente, pudieran estar faltos de la clarividencia e intuición política e histórica que exigen los cambios de orden mayor.

Del programa económico de Trump, se ha dicho que es completamente inviable, que es insensato y que provocará una recesión profunda al poco andar. Los economistas del “establecimiento” (neoclásicos de una u otra laya, hasta los llamados neo-keynesianos, que de keynesianos nada tienen) son prácticamente unánimes en rechazar al programa. En las críticas, se advierte cuán profundamente ha penetrado el credo neoliberal en las conciencias. Hablar de una política fiscal expansiva, de tarifas, controles y, en general de regulación estatal activa, provoca –literalmente- espanto. Pareciera que la ortodoxia neoliberal ve aparecer a Satanás y, como suele suceder cuando el miedo nos amarra y paraliza, se pierde toda capacidad de emitir juicios racionales y empíricamente fundados. Simplemente, se acude al dogma.

En la discusión sobre la posible viabilidad del programa económico de Trump, es imprescindible tomar en cuenta a la variable política. Máxime si se acepta la hipótesis de que estamos frente a un probable cambio en el patrón de acumulación, vigente desde mediados o fines de los setenta, de corte neoliberal. Estos cambios suelen implicar conflictos muy agudos y lo que se ha visto en los primeros días de la nueva administración, son ataques duros e implacables. Los medios de comunicación (TV, prensa, etc.) mantienen inmisericordes bombardeos cotidianos, hay algunas protestas callejeras y una parte de la alta burocracia estatal sabotea sin miramientos al nuevo gobierno.

El caso de la prensa y periodistas “serios” es llamativo. Paul Krugman, por ejemplo, escribía que cuando Peña Nieto declinó ir a EEUU, dejó en el ridículo a Trump. Y se olvida que el anuncio vespertino de Peña Nieto sucedió al inaudito “mejor ya no vengas” de Trump por la mañana del mismo día. O sea, justamente lo contrario de lo que dice el periodista Krugman (de paso, premio Nobel de economía). Otro ejemplo: el domingo 19 de febrero se realizó una marcha anti-Trump (por “la unidad nacional”) en la capital de

México: hasta sus organizadores reconocieron que fue un fracaso total. Se pronosticaban más de cien mil y no llegaron más de dos mil. Al día siguiente, el diario español del PSOE (Felipe González), “El País”, hablaba de masivas manifestaciones en México contra Trump.

El caso de los servicios de inteligencia es también llamativo. Parecieran estar todavía dirigidos por los demócratas de derecha extrema (Clinton y *cía.*) y siguen impulsando los planes de destruir a Rusia, incluso a costa de una guerra europea total. Y valga observar: en estos ataques no se observa una crítica a Trump que enarbole un ideario y propuesta que sea progresista y de izquierda. De esto, muy poco o nada. Más bien, lo que se suele defender es el statu-quo neoliberal, algo en lo cual el grueso del partido demócrata parece haberse embarcado. La campaña anti-Trump de los grandes diarios (como el New York Times), parece estar muy asociada con secciones del FBI y la CIA y viene asumiendo tonos que son característicos de las campañas mediáticas que propician golpes de Estado. Nancy O’Brien, periodista estadounidense, reporta que “el Estado profundo (“deep state”) intenta el asesinato político de Donald Trump” y en un largo reportaje señala cómo los servicios de inteligencia (CIA y FBI) vienen desplegando una feroz campaña (estilo CIA) para desestabilizar a Trump.¹⁷ Si se observa con cuidado el tenor de esta campaña, parece claro que ya apunta al derrocamiento del actual presidente.¹⁸

Para nuestros propósitos, la pregunta central sería: ¿la dureza de la oposición política a Trump, podrá limar o eliminar partes sustantivas de su programa económico?

Para contestar también hay que considerar la solidez y homogeneidad del equipo de Trump. Tales atributos, no parecen muy altos. Por ejemplo, si se va a privilegiar al sector industrial como “locomotora” de la economía, se deberían tomar medidas para “controlar” al capital financiero-especulativo (Wall Street). En su campaña, Trump a veces arremetió contra esos sectores, pero en su gabinete aparecen personeros del sector y que vienen de Goldman & Sachs.¹⁹ Asimismo, al poco andar derogó unas leyes regulatorias que había determinado Obama. Aunque la presencia de personeros que provienen del sector financiero no necesariamente significa que se pierde la supremacía del sector industrial. En la Alemania de Hitler, según apunta Neumann, los intereses del gobierno y de los banqueros “han llegado a ser casi idénticos (...) algunas de las figuras más poderosas de la jerarquía nacional-socialista son banqueros destacados”.²⁰ También conviene remarcar: luego de la gran crisis del 2007-9, el capital financiero-especulativo se ha visto debilitado y

¹⁷ Ver N. O’Brien Simpson, “The Deep State Attempts to Politically Assassinate Donald Trump”, en Pravda, edición internacional. 28/02/2017. Por Estado profundo se entiende la parte más sólida y permanente de la burocracia estatal y, en términos más generales, del “establishment” estadounidense.

¹⁸ Esto plantea una pregunta que aquí no podemos responder: ¿cuáles son los poderosos intereses específicos que combaten a Trump? Decir que se trata de los defensores de la democracia estadounidense, es una perfecta estupidez.

¹⁹ Por otro lado, grandes magnates del capital financiero como George Soros, le hacen fuerte oposición. Y Goldman & Sachs acaba de apuntar que algunas de las propuestas de Trump “pueden ser disruptivas para los mercados financieros”. Según CNBC, 4/03/2017. Página electrónica.

²⁰ Franz Neumann, “Behemoth”, pág. 231. Anthropos, Barcelona, 2014.

sus ganancias han descendido fuertemente: la tasa de interés se acercó a cero y se ha semi-controlado a posibles “burbujas”. Pero en ausencia de cambios estructurales, puede renacer sin grandes problemas.

Si se compara la situación de Trump con los fascismos históricos (el alemán de Hitler, el italiano de Mussolini), se puede advertir que no posee, para nada, las relativamente sólidas estructuras partidarias que se dieron en esa época. Trump ha logrado un fuerte apoyo en capas medias y trabajadores, pero no dispone de una organización política propia. O sea, parece que coexisten la debilidad (falta de organización política) y la fortaleza (apoyo popular espontáneo). Conviene, en este marco, recordar lo que pudiera ser la médula del mensaje inaugural de Trump. Citamos: “hoy no estamos ante una mera entrega de poder de una administración a otra o de un partido a otro, sino que vamos a transferir el poder de Washington D.C. y os lo vamos a entregar a vosotros, al pueblo estadounidense. Durante demasiado tiempo un pequeño grupo de la capital de nuestra nación ha cosechado las recompensas del Estado mientras la gente soportaba los costes. Washington floreció, pero la gente no compartía su riqueza. Los políticos prosperaron pero los puestos de trabajo se fueron y las fábricas cerraron (...). Lo que realmente importa no es el partido que controla nuestro Gobierno, sino si nuestro Gobierno está bajo el control del pueblo. El 20 de noviembre de 2017 será recordado como el día en el que el pueblo se convirtió de nuevo en el gobernante de esta nación.” (Europa Press, página electrónica)

En la viabilidad del proyecto Trump también hay que considerar la evolución política de Europa. En el continente, vienen creciendo movimientos de derecha nacionalista y populista. Es el caso de Francia (Marine Le Pen), de Holanda, de Italia y de otros países. El triunfo de Trump ha fortalecido a estos movimientos. Y si ellos llegan al poder, también favorecerán a Trump.

13.-La crisis en Europa.

Valga insistir en algunas hipótesis básicas que giran en torno al ciclo económico. Uno: los ciclos son un fenómeno inherente –consustancial- al capitalismo. Por lo mismo, sus causas son endógenas, hay que buscarlas en la misma naturaleza del sistema. Dos: en el ciclo se pueden distinguir dos fases: la del auge, en la cual la inversión, el PIB y el empleo se van elevando. Y la fase de la recesión en que las mencionadas variables se empiezan a mover en sentido contrario: descienden el PIB y la inversión, se eleva el desempleo. Tres: en la fase del auge se van incubando problemas que estallan en el llamado “punto de crisis”. Con éste, se acaba la fase de auge y se inicia la fase recesiva. En esta fase, los problemas que desataron la crisis y la consiguiente recesión, terminan por resolverse. Se llega al “punto de recuperación” y se inicia una nueva fase de auge. En suma, *“el auge provoca la recesión y la recesión engendra el auge”*. Cuatro: como la recesión “cura” los males que desataron la crisis, se sostiene que es funcional para el decurso del sistema, funciona como una “purga profiláctica.”

En ciertas ocasiones, la fase recesiva falla en cumplir sus funciones de regeneración del sistema. Se habla, entonces, de un “ciclo mal comportado”. Es decir, la recesión no es capaz de resolver los problemas que periódicamente atascan al proceso de acumulación. Estas situaciones suelen darse cada 40-50 años aproximadamente. Y se entiende que son la expresión del *agotamiento de cierta forma de funcionamiento del régimen capitalista*. Es decir, el “patrón de acumulación” que ha estado vigente se agota y entra en crisis, ya no es capaz de conducir el desarrollo del sistema. Luego, se deduce que *la continuidad del sistema exige un cambio en el patrón de acumulación*, lo que no es algo menor. Se trata, literalmente, de una *crisis estructural*.

La Europa desarrollada, la más occidental, luego de la Segunda Guerra Mundial siguió un curso relativamente parecido al de EEUU. En la postguerra y hasta mediados o fines de los setenta, creció a ritmos muy altos y se acercó bastante a EEUU en indicadores como la productividad del trabajo y el PIB per-cápita. Luego, empezando por la Inglaterra de la Sra. Thatcher, la eurozona cayó en el neoliberalismo, con lo cual perdió dinamismo y su ritmo de expansión fue igual o menor que el de EEUU. Por la época o un poco después, Japón –que crecía aún más rápido que Europa y parecía destinado a sobrepasar a los EEUU- también pierde el paso y cae en un marasmo larguísimo. Asimismo, se asiste al derrumbe de la Unión Soviética y de su hinterland europeo. Luego, EEUU se sitúa –más por defecto de los otros que por méritos propios- como la única super-potencia.

La crisis del 2007-09, que tuvo su origen en Estados Unidos, repercutió en Europa con fuerza aún mayor. Y después de ella, la situación ha sido peor: los ritmos de crecimiento han sido mínimos y la distribución del ingreso se ha seguido empeorando.

Podemos dar algunas cifras. En la zona Euro, entre 1998 y 2007, el PIB creció al 2.4% promedio anual. Luego, en el periodo 2008-2015, “creció” al 0.1 % anual. En breve, la situación es de total estancamiento. Y como la población crece, en términos per cápita la resultante es aún peor: entre el 2007 y el 2015, cae un 1.8%.²¹ Si consideramos la inversión bruta en capital fijo, tenemos que sube al 3.3% promedio anual entre 1998 y 2007. Luego, hasta el 2015, la tasa de variación es negativa e igual a -0.8% promedio anual.²² La tasa de desempleo media, llega al 11% en 2015. Los salarios medios casi no crecen y se quedan muy por detrás de la productividad. En el grupo de “Economías desarrolladas” el salario real sube 5.3% entre el 2000 y el 2013. O sea, a un misérrimo 0.4% anual.²³ La desigualdad crece: entre 1992 y 2010, en Alemania, “la parte del ingreso apropiada por el 1% más rico se elevó en un 24%”²⁴

²¹ Según J. Stiglitz, “The euro. How a common currency threatens the Future of Europe”, pág. 68. WW. Norton and Co., N. York, 2016.

²² Datos tomados de FMI, “Perspectivas de la economía mundial, Abril 2016” (“Crecimiento demasiado lento por demasiado tiempo”); Cuadros A2 y A3. Washington, 2016.

²³ OIT, “Informe mundial sobre salarios”, 2012-2013 y 2014-2015. El grupo es más amplio que la zona euro. Por ejemplo, incluye a EEUU.

²⁴ Según Stiglitz, obra citada, pág. 79.

En un contexto como el indicado resulta natural que se extienda el descontento social. A esto se debe agregar: la fuerte ola de inmigrantes que en alto grado provienen del medio oriente y de África del norte, provocada por las alevosas guerras que ha empujado el mismo “Occidente” en esa región, ha generado el renacimiento de fobias racistas ya conocidas en otros tiempos. Pero si antes fueron los judíos, ahora pasan a ser los musulmanes los “chivos emisarios”, la fuente de todos los males que sufren trabajadores y capas medias.

En la Europa de la postguerra (años cincuenta y sesenta), en países como Francia, Italia, España y Grecia, operaban partidos comunistas con gran arraigo. Luego, con el derrumbe soviético y el descrédito de los ideales comunistas, se disuelven o se tornan mínimos, casi invisibles. En cuanto a los partidos socialistas (la socialdemocracia europea), que eran también fuertes en los países recién mencionados y en otros como Alemania e Inglaterra, acentúan su degradación política y terminan siendo impulsores del modelo neoliberal. Para nuestros propósitos, el punto a subrayar sería: en Europa la izquierda tiende a desaparecer y los partidos que antes pudieron ser progresistas caen en un descrédito muy amplio. Importa remarcar este aspecto: en la actualidad, cuando el neoliberalismo ha entrado en una crisis terminal, no hay organizaciones políticas fuertes que sean capaces de empujar por un cambio progresista. Y la salida del modelo neoliberal, parece venir por el lado de la derecha. En lo cual, no está demás advertir: muchos publicistas no conciben un capitalismo que no sea neo-liberal. Por lo mismo, operan con la “vista nublada”, son incapaces de ver lo nuevo en la historia.

Las salidas del neoliberalismo por la ruta de la derecha nacionalista (o ultra-derecha), necesitan de ciertas condiciones mínimas. Entre ellas: a) que exista un fuerte y extendido descontento social; b) que no exista una izquierda ideológicamente sólida y con una fuerza política que le permita empujar por un cambio de orden estructural; c) que la derecha tradicional esté ideológica y políticamente desgastada, ya sin fuerzas y sin iniciativa; d) también es importante la existencia de un clima cultural en el cual la razón – en términos de prestigio, uso y extensión- sea un elemento no dominante. Es decir, que poco se la respete. Que se diga, por ejemplo, que “no hay una verdad única”, que hay tantas “verdades” como personas distintas participan en el juego. En el último tiempo, estas actitudes van asociadas al llamado “pos-modernismo” o a corrientes de pseudo-izquierda que buscan “superar” al capitalismo huyendo hacia atrás, a regímenes pre-capitalistas. En realidad, debajo de estas expresiones se advierte la *desesperación*, la impotencia frente a un sistema social que se experimenta, a la vez, como asfixiante e inmovible: “esta vida no nos gusta, pero no la podemos cambiar”.

Condiciones como las mencionadas parecen cumplirse –en mayor o menor grado- en buena parte de Europa. Y se debe añadir: amen del bajo desempeño económico y de la cada vez más regresiva distribución del ingreso, ha cundido la idea de que la zona Euro sólo ha operado en beneficio de Alemania. En breve, se ha venido desplegando un creciente nacionalismo: el deseo de que el país propio vuelva a recuperar las riendas de su destino. El Brexit inglés, se explica en alto grado por estas circunstancias.

Los movimientos ultranacionalistas (más ideologizados y orgánicos que en EEUU) han cundido y crecido en Europa. Es muy probable que durante 2017 algunos lleguen a gobernar. El triunfo de Trump los ha favorecido. A la vez, si triunfan fortalecerán a Trump.

En corto, todo parece indicar que el cambio estructural será dirigido por la derecha ultranacionalista. Esta y no la izquierda será el sepulturero del neoliberalismo.

14.- China versus Estados Unidos: la colisión que viene.

A lo largo de su historia, el régimen capitalista muestra una gran disparidad en materias de crecimiento. Por lo mismo, suele darse un periodo histórico en el cual tal o cual país funciona como líder o potencia hegemónica. Para luego avanzar a otro período en que es otra la potencia dominante. Por ejemplo, se habla de Holanda, de Inglaterra, de Francia, de Estados Unidos, etc. Cuando finaliza la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se convierte en la gran superpotencia, abrumadoramente superior en lo económico y lo militar. En el cuarto de siglo que le siguió, Europa y Japón parecen darle alcance. Pero luego, con el ascenso del neoliberalismo, los ritmos de crecimiento tienden a acompasarse. Y el deterioro de EEUU respecto a Japón y Alemania, pareciera detenerse. Por lo menos no agudizarse. Pero al iniciarse el siglo XXI (o antes) aparece un nuevo desafío: el de China.

Este país viene desde muy abajo y de un período en que bajo la dirección de Mao-Tse-Tung, buscó avanzar al socialismo. Proyecto que es cancelado y que ha dado lugar al despliegue de una vía capitalista en que el país crece a ritmos desaforados. Y de hecho empieza a desafiar a la que todavía es la gran superpotencia: Estados Unidos.

Pareciera que este país sigue siendo la primera potencia mundial. Pero pudiera ser que China lo esté alcanzando y hasta superando. Para el caso, conviene recordar algunos datos básicos.

En términos del Producto por habitante, usando tipos de cambio de paridad, el FMI, estima que en el 2015 el PIB per cápita de EEUU llegaba a los \$U.S. 52704 y el de China a \$U.S. 13572. O sea, China se situaba en un 26% del nivel de EEUU. Y como el diferencial de tasas de crecimiento es muy diferente, el desnivel se va reduciendo más y más.²⁵

De hecho, en términos globales, el PIB total de China ya supera al de Estados Unidos. En el 2015, EEUU explicaba un 15.8% del PIB mundial y China un 17.1%.

En cuanto al PIB industrial, si hacemos igual a 100 el PIB de EEUU tenemos que en el año 2014 el de China era igual a 125, a precios constantes del año 2000. A precios corrientes en el mismo año 2014, tenemos que EEUU = 100 y China = 130. La superioridad china, en consecuencia, es evidente.

¿Qué sucede con las exportaciones?

²⁵ Las cifras que se manejan (salvo indicación expresa) las tomamos del Banco Mundial, de ONUDI o del FMI..

Examinemos rápidamente la dinámica de esta crucial variable. Midiendo en dólares corrientes, para 1970 tenemos que EEUU explicaba un 15.7% del total mundial y China un pequeño 0.6%. En el 2003, la porción de EEUU había descendido a un 11.1% y la de China subido a un 4.9%. Luego, en el 2015, la parte de EEUU experimentó un leve descenso: llegó

a un 10.8%. Entretanto, la cuota de China saltó hasta un 11.6%.

El avance científico-técnico resulta también crucial en la lucha por la supremacía económica y política. Y se puede esperar que en este campo el atraso relativo de China sea mayor. No obstante, en los últimos años ya se observan cifras muy respetables. Consideramos el gasto en I&D asociado a la industria manufacturera (A) y la llamada “intensidad en I&D”, que se entiende como gastos en I&D aplicados en el sector sobre el Valor Agregado del sector (B). Para países seleccionados en el 2011, se tiene:

Cuadro I: Gastos en Investigación y desarrollo asociados al sector manufacturero, 2011.

País	Gastos en I&D (billones \$U.S. (*))	Intensidad I&D (B)
Estados Unidos	201.36	10.56 %
Alemania	55.77	7.93 %
Japón	100.36	12.35 %
China	162.47	3.78 %

(*) Tipos de cambio de paridad. Fuente: UNIDO, “Industrial Development Report 2016; pág. 89. N. York, 2016.

Según se puede observar, los gastos absolutos de China ya alcanzan un monto considerable: sólo son superados por EEUU. En cuanto a la intensidad, todavía está muy por debajo de la vigente en Japón, EEUU y Alemania. O sea, en este indicador China tiene todavía un amplio campo para su expansión tecnológica. Baste pensar que si China llega a una intensidad en I&D igual a un 8.0% (es decir, semejante a la que ahora maneja Alemania), su gasto absoluto se iría a los 325 billones de dólares, cifra que superaría ampliamente a la de Estados Unidos. Y se debe subrayar: en el plano científico y tecnológico lo que cuenta son las cifras absolutas del gasto.

En este muy breve recuento podemos dar un breve vistazo al poderío militar. Para ello, consideramos las cifras del gasto militar de China, de Estados Unidos y total mundial. Entre el 2001 y el 2014, el gasto militar mundial sube un 85% (al 4.8% anual). El gasto de Estados Unidos se eleva en un 45.9% (2.9% anual) y el de China sube un 283% (10.9% anual). La dinámica del gasto militar es tremendamente desigual (en favor de China) aunque ésta, todavía está, en términos absolutos, muy por debajo de Estados Unidos. En el 2001 los gastos chinos equivalían al 12% de los estadounidenses, en el 2007 al 16% y en el 2014 a un 33%. China se acerca pero aún está distante.

Cuadro II: Gastos Militares, China y EEUU, 2001 al 2014, dólares constantes de 2014. (**).

Países	2001	2007	2014	Indice (*)
1) Total mundial	946891.50	1548707.87	1752621.76	185.1
2) EEUU	418135.44	635921.05	609914.00	145.9
3) China	52179.22	103715.57	199651.44	382.6
4) EEUU + China	470314.65	739636.62	809565.44	172.1
5) = 2 / 4	0.89	0.86	0.75	
6) = 3 / 4	0.11	0.14	0.25	

(*) 2014 sobre 2001. (**) Millones de dólares.

Fuente: SIPRI, base de datos (3/03/2017).

En el plano global hay que considerar la muy posible alianza de China con Corea del Sur, un bloque que sería formidable. Y si a él se le pudiera agregar Japón, el desplazamiento del centro del poder mundial sería inevitable.²⁶

En lo indicado se observa una situación que, en términos históricos, no es nueva: la potencia dominante conserva un poder militar superior, pero va perdiendo terreno en el plano económico. Al cabo, si esta tendencia se mantiene, se debe producir una muy fuerte disociación entre los poderes económicos y los militares. Entretanto, en la potencia emergente, el poder económico crece y va, hasta cierto momento, muy por encima del poder militar. Al cabo, el poder militar debería alcanzar al económico, siendo éste, muy probablemente, el momento del desplazamiento de la vieja potencia hegemónica por la nueva. En el caso, que nos preocupa, si las tendencias se mantienen, la mutación pudiera darse en unos 10 o 15 años más.

También es necesario cuidarse de extrapolaciones ingenuas. Los problemas internos de China hasta ahora no resultan muy visibles, pero son agudos. El régimen de explotación de la fuerza de trabajo obrera y campesina, a partir de la reversión al capitalismo (empujada por Teng-Siao-Ping et al), ha sido inmisericorde. De hecho se puede hablar de una dictadura en contra de los trabajadores del campo y la ciudad. Y esta situación debería dar lugar, más tarde o más temprano, a reclamos y protestas. Después de todo, alguna memoria debe quedar de los tiempos revolucionarios, de la larga marcha y de la revolución cultural. En breve, no se puede augurar un camino terso por el lado chino.

La revisión, aunque somera, basta para comprobar lo que ya muchos saben: China ha empezado a alcanzar e incluso superar, al poderío económico de Estados Unidos. Fenómeno que en los próximos años se debería acentuar. Y que, muy probablemente, debería dar lugar a colisiones de orden mayor. Para el caso, valga recordar un texto clásico:

“el capital financiero y los trusts (...) acentúan la diferencia entre el ritmo de crecimiento de los distintos elementos de la economía mundial. Y si la correlación de fuerzas ha cambiado, ¿cómo pueden resolverse las contradicciones, bajo el capitalismo, si no es por la fuerza?”. También podemos leer: “en el terreno del capitalismo, ¿qué otro medio puede

²⁶ Ver Sit Tsui, Erebus Wong, Lau Kin Chi y Wen Tie Jun, “One belt, one road. China’s Strategy for a New Global Financial Order”; en Monthly Review, Vol. 68, n°8, January 2017.

haber que no fuera la guerra, para eliminar la desproporción existente entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación de capital, por una parte, y el reparto de las colonias y de las esferas de influencia del capital financiero, por otra?”²⁷

El recurso a la guerra ciertamente no es nuevo (¿acaso no es la continuación de la política por otros medios?) y se sabe lo brutal de sus costos. Pero hay un dato nuevo: ¿qué puede suceder cuando ambos bandos son potencias nucleares? ¿Podría resistir el mundo una guerra con ataques nucleares masivos por ambos lados? Así las cosas, ¿no se llegaría a eliminar la misma existencia humana? Podríamos también suponer o simplemente desear, que *antes*, esa humanidad se levantará para poner un alto a tamaño destino. Y que quizá lo hará enarbolando el lema de Rosa Luxemburgo: “socialismo o barbarie”.

²⁷ V. I. Lenin, “El imperialismo, fase superior del capitalismo”, en Obras Escogidas, Tomo 1, págs. 771 y 773. Edit. Progreso, Moscú, 1974.